

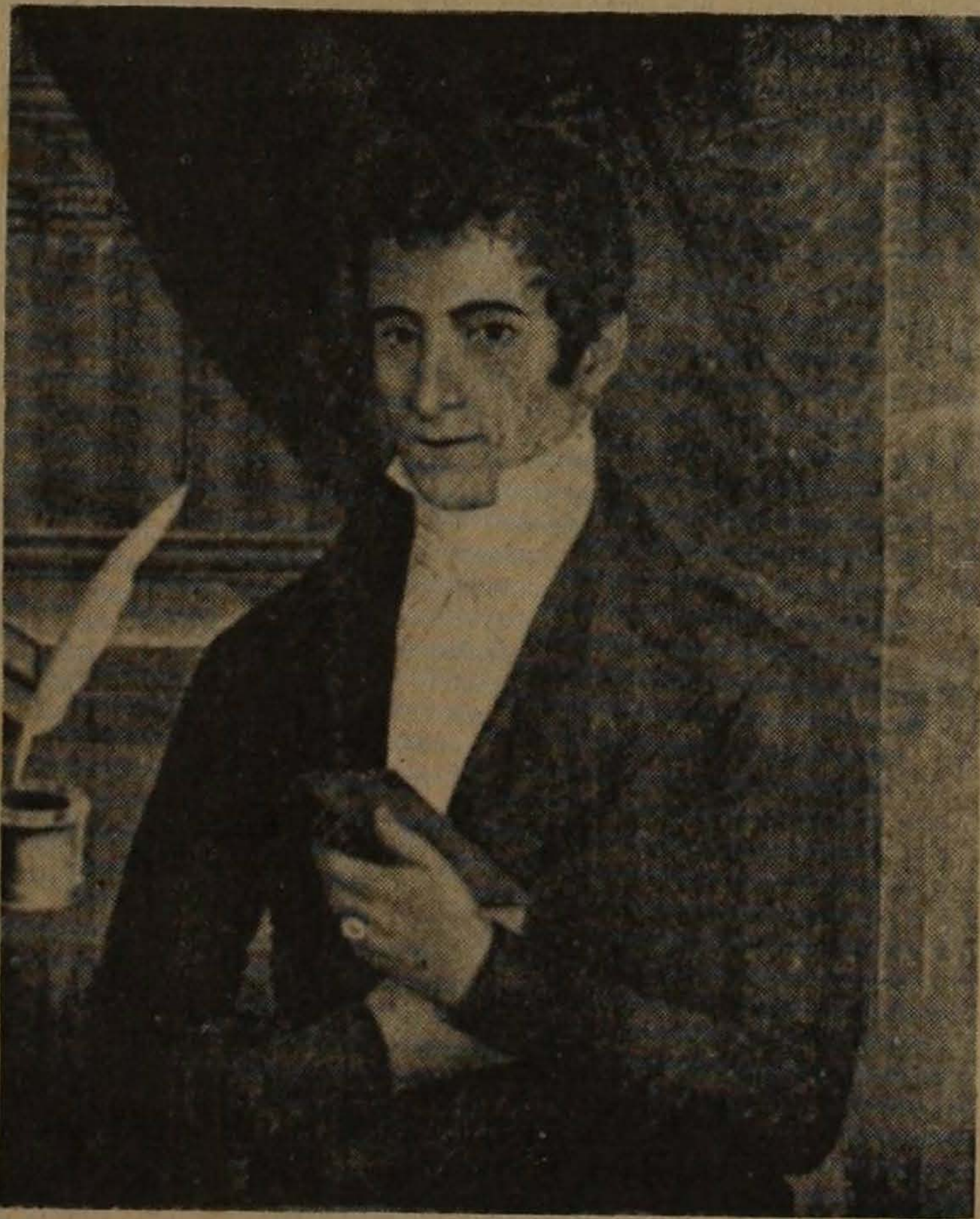
REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1926 Sábado 14 de Agosto 310

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Soñaba el Abad San Pedro; y yo también sé soñar*, por José Cecilio del Valle.—*Rafael Nieto*, por Humberto Tejera.—*Otra protesta*.—*Un fracaso aleccionador*, por Diógenes de la Rosa.—*Y...*, por Max Jiménez.—*Apreciación*, por Justo A. Facio.—*El encanto de Chopin*, por F. Hiller.—*El trópico y el mar como ambientes poéticos*, por Antenor Orrego.—*El Album de los pétalos de rosa*, por Gris.—*Carta de Alcides Spelucín*.—*Página lírica de Alcides Spelucín*.—*Lo que necesita Nicaragua*, por Rómulo Tovar.—*Los Viejos*, por Rubén Coto.—*La clase media en Francia y en nuestra América*, por J. Edwards Bello.—*Palique*, por Eugenio D'ors.—LA EDAD DE ORO.

El prócer José Cecilio del Valle



Soñaba el Abad de San Pedro; y yo también sé soñar

LA América estaba dividida en dos zonas contrarias entre sí, oscura la una como la esclavitud, luminosa la otra como la libertad.

Nueva España, Guatemala, San Salvador, Comayagua, León y Panamá formaban una extensión inmensa de territorio sometido al Gobierno español. El nuevo reino de Granada, Santa Fe, Caracas, Buenos Aires y Chile formaban un espacio dilatado de tierra libre e independiente.

Si en el antiguo mundo los países septentrionales eran el suelo de la libertad, en el nuevo los australes fueron la tierra venturosa donde brotó primero (a).

(a) No hablo de toda la América. Hablo de lo que se llama América Española.

El Sur se cubría de sangre por defender sus derechos y el Norte mandaba millones al gobierno que intentaba sofocar aquellos derechos.

No hubo simultaneidad en la causa justísima de nuestra independencia; y esta falta grave aumentó las fuerzas de España; entorpeció la marcha de América; y fué origen de males que llora el amigo de los hombres.

La unidad de tiempo es en los grandes planes la que multiplica la fuerza y asegura el suceso; la que hace que dos tengan más poder que un millón. Cien mil fuerzas obrando en períodos distintos sólo obran como una. Diez fuerzas obrando simultáneamente obran como diez.

No marchó la América con el plan que exigía la magnitud de su causa. Lo que hace derramar más lágrimas: lo que penetra más la sensibilidad: lo que más horroriza a la naturaleza es lo que se vió en los países más hermoeados por ella. Sangre y revoluciones son los sucesos que refiere la Historia; muerte y horrores son los hechos de sus anales.

La pluma se resiste a escribirlos; la memoria se niega a recordarlos... Volvamos los ojos a lo futuro. Ya está proclamada la independencia en casi toda la América, ya llegamos a esa altura importante de nuestra marcha política: ya es acorde en el punto primero la voluntad de los americanos. Pero esta identidad de sentimientos no produciría los efectos de que es capaz, si continuaran aisladas las provincias de América sin acercar sus relaciones, y apretar los vínculos que deben unirlos.

Separadas unas de otras, siendo colocadas en un mismo hemisferio, el Mediodía no existe para el Norte y el Centro parece extranjero para el Sur y el Septentrión (b). El reposo de las unas no es un bien para las otras: las luces de aquéllas no son una felicidad para éstas. Chile ignora el estado de Nueva España; y Guatemala no sabe la posición de Colombia.

La América se dilata por todas las zonas, pero forma un solo continente. Los americanos están diseminados por todos los climas; pero deben formar una familia.

Si la Europa sabe juntarse en Congreso cuando la llaman a la unión cuestiones de alta importancia, la América ¿no sabrá unirse en Cortes cuando la necesidad de SER, o el interés de EXISTENCIA MAS GRANDE, la obliga a congregarse?

Oíd, americanos, mis deseos. Los inspira el amor a la América que es vuestra cara patria y mi digna cuna.

Yo quisiera:

1.—Que en la Provincia de Costa Rica o de León, se formase un Congreso general, más espectable que el de Viena, más interesante que las dietas donde se combinan los intereses de los funcionarios y no los derechos de los pueblos:

2.—Que cada provincia de una y otra América mandase para formarlos sus Diputados o representantes con plenos poderes para los asuntos grandes que deben ser el objeto de su reunión:

(b) Hablo del istmo de Panamá del cual no sabemos si ha pronunciado su independencia.

3.—Que los Diputados llevasen el estado político, económico, fiscal y militar de sus provincias respectivas para formar con la suma de todos el general de toda la América

4.—Que unidos los Diputados y reconocidos sus poderes se ocupasen de la resolución de este problema: TRAZAR EL PLAN MÁS UTIL PARA QUE NINGUNA PROVINCIA DE AMÉRICA SEA PRESA DE INVASORES EXTRAÑOS, NI VÍCTIMA DE DIVISIONES INTESTINAS.

5.—Que resuelto este primer problema trabajasen en la resolución del segundo: FORMAR EL PLAN MÁS EFICAZ PARA ELEVAR LAS PROVINCIAS DE AMÉRICA AL GRADO DE RIQUEZA Y PODER A QUE PUEDEN SUBIR.

6.—Qué fijándose en estos objetos formasen: 1, la federación grande que debe unir a todos los Estados de América: 2, el plan económico que debe enriquecerlos.

7.—Que para llenar lo primeros se celebre el pacto solemne de socorrerse unos a otros todos los Estados en las invasiones exteriores y divisiones intestinas: que se designase el contingente de hombres y dinero con que debiese contribuir cada uno al socorro del que fuese atacado o dividido; y que para alejar toda sospecha de opresión en el caso de guerra intestina, la fuerza que mandasen los demás Estados para sofocarla, se limitase únicamente a hacer que las diferencias se decidiesen pacíficamente por las Cortes respectivas de las provincias divididas, y obligarlas a respetar la decisión de las Cortes.

8.—Que para lograr lo segundo se tomasen las medidas, y se formase el tratado general de comercio de todos los Estados de América distinguiendo siempre con protección más liberal el giro recíproco de unos con otros y procurando la creación y fomento de la marina que necesita una parte del globo separada por mares de las otras.

Congregados para tratar estos asuntos los representantes de todas las provincias de América, ¡qué espectáculo tan grande presentarían en un Congreso no visto jamás en los siglos, no formado nunca en el antiguo mundo, ni soñado antes en el nuevo!

No es posible numerar los bienes que produciría. La imaginación más potente se pierde desenvolviendo unas de otras sucesivamente todas las consecuencias que se pueden deducir.

Se crearía un Poder que, uniendo las fuerzas de 14 o 15 millones de individuos, haría a la América superior a toda agresión: daría a los Estados débiles la potencia de los fuertes; y prevendría las divisiones intestinas de los pueblos sabiendo éstos que existía una federación calculada para sofocarlas.

Se formaría un foco de luz que, iluminando la causa general de América, enseñaría a sostenerla con todos los conocimientos que exigen sus grandes intereses.

Se derramarían desde un centro a todas las extremidades del Continente las luces necesarias para que cada provincia co-

nociese su posición comparada con las demás, sus recursos e intereses, sus fuerzas y riquezas.

Se unirían sabios que teniendo a la vista el mapa económico y político de cada provincia podrían meditar planes y discutir medidas de bien para todas las provincias en particular y para la América en general.

Se estrecharían las relaciones de los americanos unidos por el lazo grande de un Congreso común: aprenderían a identificar sus intereses; y formarían a la letra una sola y grande familia.

Se comenzaría a crear el SISTEMA AMERICANO o la colección ordenada de principios que deben formar la conducta política de la América ahora que empieza a subir la escala que debe colocarla un día al lado de la Europa que tiene su sistema y ha sabido elevarse sobre todas las partes del globo.

La América entonces: la América, mi patria y la de mis dignos amigos, sería al fin lo que es preciso que llegue a ser: grande como el continente por donde se dilata, rica como el oro que hay en su seno: majestuosa como los Andes que la elevan y engrandecen.

¡Oh Patria cara, donde nacieron los seres que más amo! Tus derechos son los míos, los de mis amigos y mis paisanos. Yo juro sostenerlos mientras viva. Yo juro decir cuando muera: hijos, defended a la América!

Recibe, patria amada, este juramento. Lo hago en estas tierras que el despotismo tenía incultas y la libertad hará florecer.

Cuando no era libre, mi alma, nacida para serlo, buscaba ciencias que la distrajesen, lecturas que la alegrasen. Vagaba por las plantas: estudiaba esqueletos: media triángulos: o se entretenía en fósiles.

La América será, desde hoy, mi ocupación exclusiva. América, de día, cuando escriba: América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es la América.

En este suelo nacimos: este suelo es nuestra Patria. ¿Será el patriotismo un delirio? (1)

JOSÉ CECILIO DEL VALLE

(De *El Amigo de la Patria*, Guatemala, 1 de marzo de 1822. Este memorable artículo lo redactó Valle el 23 de julio de 1822).

NOTA.—Véase este artículo en el tomo I de las OBRAS de José Cecilio del Valle, pgs. 67 a 71. Edición oficial. Tegucigalpa, 1906.

(1) Quien desee ver más detalles acerca de las ideas panamericanistas de José Cecilio del Valle y un análisis de las mismas, puede consultar la obra *Ideologías de la Independencia*, por Virgilio Rodríguez Beteta, Librería París-América, 1926, París.

EN el proceso de transformación social que viene presentando México en los últimos años, acorde en muchos puntos pero no precisamente derivado ni idéntico a los de otros pueblos, ha tenido parte preponderante un núcleo de ideólogos, preparados con mayor o menor suficiencia para la gran labor que les deparó su tiempo.

Antes mismo de comenzar la revolución de Madero, ya algunos de ellos lanzaban teorías, ideas, gritos de alerta o cantos de rebelión, las más de las veces con una imprecisión nebulosa, pidiendo redención, justicia, amor, libertad, para los oprimidos, sin fijar concretamente los caminos para llegar a la meta.

Poco a poco fueron coagulando en la conciencia revolucionaria los postulados que han llegado a ser leyes, o que aún esperan serlo, y que es deber de la actual y de las venideras generaciones convertir en reali-

Rafael Nieto

dades fructíferas. La educación del indio, la repartición de las tierras entre los que las trabajan, las reformas políticas para contener al caudillismo, el afianzamiento de las libertades públicas, y el cooperatismo y el sindicalismo como medios de preparar a la población, en ambiente de solidaridad y mutua protección, para el futuro más o menos remoto en que la clase proletaria asuma definitivamente, por su fuerza intrínseca, el dominio político, en este país como en los otros.

Entre los apóstoles de esas doctrinas, entre los propagadores de la buena nueva para los humildes y los expoliados, conquistó lugar de alta significación en la vida mexicana Rafael Nieto, que ocupó lugares

prominentes, como Ministro de Hacienda, Gobernador de Estado, y Diplomático, durante los gobiernos de Carranza, Obregón y Calles.

He oído decir que antes de la Revolución era comerciante en pequeño en San Luis Potosí. Su encumbramiento debióse a méritos propios en la Administración, pues nadie ha hablado de que gastase virtudes guerreras.

No conozco bastante respecto a su gestión hacendaria para hablar de ella. Sólo he visto cierta clase de moneda de plata que popularmente lleva su nombre, y que ha sido retirada de la circulación por exceso de peso según parece.

Durante su gobierno en el Estado de San Luis Potosí, entre otras cosas, hizo decretar el voto para las mujeres. En los círculos literarios de la capital se habla de su munificencia para con las editoriales.

Este comerciante burócrata encontró en sí mismo una facilidad admirable para convertirse en lector, traductor y autor de muy modernas y buenas letras. Tradujo a Lord Dunsany y a algún otro dramaturgo nórdico ignorados acá. Escribió un libro al que bautizó *Más allá de la Patria*, en que estudia temas de universal actualidad y resonancia, temas que nos hieren en lo vivo y son nuestros en cuanto somos hombres idénticos a los otros hombres. Rafael Nieto supo comprender claramente esto: que las barreras nacionalistas y los egoísmos que incuban son ficticios, por más fuertes que parezcan, y que la humanidad es una en Japón, en Gonesá y en Anáhuac, como antes que los socialistas lo cantó el bardo.

Y acumulándose al lado de sus volúmenes originales o traducidos, su diaria colaboración para la prensa nos habla a todos del afán investigador y de la cultura creciente de este hombre, que había puesto su pluma al servicio de la mejor de las causas: la orientación de sus lectores hacia la claridad, la verdad y la luz, en medio del dédalo de teorías, hechos, manifestaciones y contradicciones, reales o aparentes, de la vida social universal.

Nadie se ha cuidado de darnos una constante y profusa idea de los fenómenos colectivos como Rafael Nieto, y con toda justicia puede asegurarse que mucho de lo que saben en ese ramo la gran mayoría de gentes que por aquí carecen de fuentes directas de información respecto a lo que ocurre en Europa, Asia y Estados Unidos, en materia social, lo deben a la labor periodística de Rafael Nieto, ya que las informaciones de las agencias y correspondientes son siempre tendenciosas y casi nadie, entre los escritores de nombradía, se ocupa de asuntos de esta índole si no es para dar muestra palmaria de ignorancia audaz o incompreensión lamentable, estimuladas por prejuicios de hondo arraigo.

Yo, que he leído mucho de lo escrito por el hombre que ha muerto ha poco en Suiza, nunca tuve la suerte de conocerlo. Durante su última estada en México, a fines del año pasado, concerté con el querido intelectual Francisco González Guerrero hacerle una visita. Pero, he de decirlo, siempre he tenido un temor invencible de acercarme a personas de alta posición política, aún cuando sepa de la limpidez de su espíritu, y la visita en parte deseada no la llevamos nunca a realidad. Ahora lamento que ese escrúpulo me hubiese quitado el placer de manifestar mi admiración y simpatía sinceras al autor de *Más allá de la Patria*.

Rafael Nieto, sin ser un pensador original, ni un suscitador de grandiosas visiones, ni un estilista, como otros de sus compañeros, supo decir, en palabras claras y ordenadas, cosas absolutamente interesantes, transmitir mensajes que venían indescifrados de muy lejos y muy atrás y reflejar en sus filmas periodísticas la intensa y procelosa vida de las multitudes trabajadoras bajo todos los climas, así como el pensamiento de las élites que las conducen hacia la soñada tierra de promisión, que es la misma

que habitan, pero irrigada y bendecida por un ideal de concordia y equidad.

México—y toda la América Latina—ha perdido uno de sus representantes intelectuales, un hombre cuyo nombre merece perdurar al lado de los de Nemesio Canales, José Ingenieros, Alfredo Palacios, Alberto Masterrer, García Monge y José Vasconcelos, por no nombrar sino unos pocos, de esta vida o de las otras.

HUMBERTO TEJERA

México, D. F. Mayo, 1926.

Otra protesta por el encarcelamiento del Dr. Gregorio Marañón

LONDRES, julio 8.—La estada del rey Alfonso y de la reina Victoria Eugenia en Gran Bretaña ha motivado diversos comentarios sobre la política española, singularmente por las prisiones y multas impuestas a generales y otras personalidades.

Se tiene conocimiento de un respetuoso documento, con firmas muy calificadas de profesores y escritores españoles, contra el encarcelamiento del doctor Gregorio Marañón; se supone que quizá sea ésta la protesta que más ha impresionado el espíritu de Primo de Rivera. Suscriben dicho documento hombres tales como Ramón Pérez de Ayala, Ortega Gasset, Cossio, Valle-Inclán, el escultor Benlliure, García de Tapia, Francos Rodríguez, Gómez de Baquero, Gabriel Maura, Sánchez Lafora, Jiménez de Asúa, Sánchez Román, Ignacio de Zuloaga, el marqués de Bellamar, Sánchez Covisa, Espina, Hoyos, Huertas, Fernández Florez, Américo Castro, Fernando de los Ríos, García del Real, Varela, Julio Camba, Rafael Marquina, Navarro, Dubois, Luis de Tapia, Pascual Bonilla y Vergara Villanueva.

Afirma la protesta, firmada por estos señores, que los más sagrados derechos in-

dividuales, como el derecho a la libertad personal, están siendo escandalosamente violados en el preclaro español Gregorio Marañón y en otros españoles muy respetables.

«El atentado contra las personas acaece —añade— en la plenitud de un régimen político que se ufana de haber venido a restablecer la seguridad personal. La legislación de todas las naciones civilizadas tiene incorporado el principio de *habeas corpus*, única garantía de la libertad física del ciudadano frente a la arbitrariedad de los poderes gubernativos. Según dicho principio, nadie podrá ser reducido a prisión sin materia delictiva. Sin embargo, el doctor Marañón permanece en una cautividad aflictiva y vejatoria, desusada ya en los países cristianos, sin intentar probársele la culpabilidad, como si existiese fundado recelo en tener que reconocerle inocencia.

»Así se atropella de un modo flagrante la dignidad humana. No podemos atribuir la causa de esta prisión a añejos resentimientos, porque V. E. es vigilante celoso de la religión y del honor y porque—nos complacemos en reconocerlo—tiene V. E. nativa ecuanimidad y natural propensión a las reacciones generosas.

»Tampoco podemos atribuir la prisión del doctor Marañón a complicaciones suyas en recientes sucesos malogrados, sobre pleitos íntimos de la gran familia militar, y de los cuales el resto de los ciudadanos siempre juzgamos discreto y saludable inhibirnos».

(La Prensa, Buenos Aires).

Revista ARIEL

Aparece el 15 y el 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Director: Froylán Turcios.

Dirección y Administración: Esquina Casa Streber

Tegucigalga, Honduras. Centro América.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Si hasta ahora no lo ha hecho, no necesita el doctor Alfredo L. Palacios responder a la última carta de las que le dirigiera el señor Secretario de Instrucción Pública de Panamá en el curso de una discusión que ya entra en la historia. Los hechos han replicado al señor Méndez Pereira. El congreso panamericano, impropriamente llamado de Bolívar, celebrado aquí en la segunda quincena de junio fué un fracaso redondo. Se cumplieron las anticipaciones que con respecto a él hizo el sociólogo argentino. El caso es conocido, pero bien vale la pena sumarlo.

El gobierno de Panamá había convocado un congreso panamericano, conmemorativo del que hace un siglo se reunió en la hoy capital de esta República a iniciativa de Bolívar. De esto, lo único noble era el motivo. Las ideas mismas de los organizadores, los proyectos para realizar el congreso, envolvían una indudable desviación de los ideales del Libertador. ¿Sería éste, por ventura, *panamericanista*, en el sentido pavoroso que ahora tiene tal nombre? La respuesta es negativa, aún aceptando la controversia en torno a la significación real de los planes que intentó llevar a cabo el prócer caraqueño. Porque es incontrovertible que quien luchó por crearle una personalidad colectiva a pueblos desintegrados por el feudalismo colonial, no pudo pensar jamás en hacerlos gravitar hacia otro tutelaje igualmente odioso. ¿Fué *panamericano* el Congreso de 1826? Lo fué, ciertamente, en cuanto tendió a acercar representantes de todas las naciones de América, incluso los Estados Unidos. Pero no podía ser propósito de su genitor el de otorgarle a éstos preponderancia ilegítima sobre los países recién libres; sino más bien extender los lineamientos de la Confederación Colombiana a todos los pueblos de formación hispano-indígena. Ni eran entonces los Estados Unidos—aunque esbozaban ya la trayectoria de su política internacional absorbente—lo que son hoy, una potencia tentacular. No fué, pues, *panamericanista* o panamericano aquel Congreso en la significación *actual* de esta tendencia política. Panamericanismo es ahora imperialismo yanqui. Una de sus facetas, una de sus fauces. Para la plutocracia angloamericana, para los magnates del hierro y del petróleo, usufructuarios verdaderos del panamericanismo, América es United States. Como para los patricios ellos eran Roma, y Roma todo el mundo conocido; pero sólo ellos, no los esclavos de sus colonias. Es el mismo cuento que se repite, inacabable. El panamericanismo es una mentira doctrinaria, es histórica. Fabricado en las cancillerías, no es cierto que represente un anhelo de los pueblos de América, ni que respalde su soberanía. No es verdad, tampoco, que en los instantes de peligro para las naciones iberoamericanas el panamericanismo ofi-

Un sainete panamericanista de Panamá

Un fracaso aleccionador

Panamá, julio de 1926.

Estimado señor García Monge:

Le adjunto unas notas, sobre el reciente Congreso bolivariano. Su único mérito está en la sinceridad con que fueron escritas y en su consiguiente veracidad. Si ello basta para reproducirlas en su luminoso REPERTORIO, le agradecería lo hiciese. Aquí es imposible porque desde octubre de 1925, los grupos de avanzada vivimos virtualmente amordazados. No hay prensa. Las imprentas se niegan muchas veces a editarlos nuestros escritos, aún pagándoles.

Suyo afmo.,

DIÓGENES DE LA ROSA

cial — ni su modalidad connatural, el monroísmo—haya venido garante de la integridad geográfica y moral de aquéllas. José Ingenieros lo demostró terminantemente en ese trozo admirable («la hipocresía del panamericanismo») del discurso que dirigió a Vasconcelos cuando la visita del revolucionario mexicano a la Argentina. Discurso resonante de donde nació esa organización de «La Unión Latino-Americana», presidida por el doctor Palacios.

Estaba éste, entonces, impedido moralmente de acudir a la proyectada tertulia de Panamá, para la que fué invitado. Y a las razones fundamentales expuestas arriba, oponíanse otras de momento. El gobierno de Panamá sostenía, sostiene todavía, una situación de fuerza para ahogar un movimiento proletario de motivos justos y proyecciones generosas; el gobierno de Panamá había recabado la intervención armada estadounidense a efecto de aniquilar esa agitación obrera. Soldados yanquis equipados bélicamente ocuparon la capital, plantaron sus tiendas de campaña en los parques y los transformaron en cocinas y corrales militares, erizaron las boca-calles de ametralladoras, allanaron residencias e imprentas, mataron a bayonetazos dos obreros y supeditaron a las autoridades panameñas. Palacios voceó estas verdades virilmente y rehusó la «honrosa invitación». Dijo más. Anticipó que como todas las conferencias panamericanas, la de Panamá sólo serviría para que los representantes de los gobiernos hispanoamericanos acataran genuflexos la voz de orden venida de Washington. El señor Méndez Pereira hizo esfuerzos para contestar. Respuesta de funcionario público: fraseología estirada, con pujos estilistas; incoherencias y contradicciones ideológicas; falsedades flagrantes. Atrevióse a defender el panamericanismo y negar la realidad del imperialismo yanqui. ¡Negar lo que — adaptando expresión de Ingenieros — es una *evidencia de hecho* que ahora mismo impone a Panamá un tratado-garrote! Y a una nueva carta del profesor argentino, le ocurrió al señor Méndez Pereira algo trágico: que reconociendo las razones de aquél, y hasta coincidiendo en ellas, trataba todavía

de refutarlas con zollos sentimentales.

* *

Pero la realidad, decíamos, ha cumplido una a una las predicciones de Palacios. El Congreso de Panamá ha sido un sainete, una comedia de género ínfimo. Como las contrafiguras teatrales, que pasan al fondo de la escena remedando los protagonistas, los representantes de los gobiernos de América hicieron una burda parodia de los ideales del Libertador. ¿Qué hemos aprendido los espectadores de la farsa? Dos lecciones importantísimas: lo inservible de los congresos de representantes gubernamentales y la falsedad del panamericanismo que, ya se ha dicho, no es en lo absoluto un ideal de fraternidad sino el disfraz más peligroso de que se reviste el imperialismo norteamericano. ¿Realizó el Congreso de Panamá obra válida en el sentido de despejar los interrogantes que cierran el porvenir de Indo-América? Ninguna. Nada efectivo hizo para desplazar los obstáculos que impiden articular las corrientes unionistas que brotan de nuestras masas proletarias y nuestros núcleos juveniles e intelectuales. Nada que pueda contribuir a elevar la condición material y moral de las multitudes parias cuya vitalidad agoniza bajo las infamias de un siglo de mistificación democrática. Nada para atenuar, ya que no abolir totalmente, la feudalidad que todavía subsiste en nuestras instituciones y vida política, no importa los sacrificios leyendarios de los libertadores. Nada, absolutamente nada, capaz de contener los avances del coloniaje que sufrimos, el coloniaje de Washington, más oprobioso e indignante que el de Castilla porque no es desnudo y declarado, sino tortuoso y subrepticio, cuando no zalamero y coquetón. Y no podía hacer nada en ninguno de esos aspectos el fenecido congreso dada su índole estrictamente panamericanista y contemplativa. Estaba viciado de nulidad ab-initio. Derroche lírico; gran copia de citas y detalles pretéritos sin proyecciones sobre la realidad del momento, sin encarar las convulsiones de la hora; atención servil al menor mohín de la Casa Blanca, impreso en el rostro del ministro yanqui en Panamá, Mr. John Glover South. Eso fué todo.

* *

Fuera de las resoluciones memorativas y honoríficas de fechas y hombres ¿qué conclusiones adoptó el Congreso merecedoras de relativa consideración? Una tendente a la creación de la liga americana de naciones, aprobada, por cierto, merced a los hercúleos arrestos verbales de su simpatizantes. Otra del abogado panameño y representante del Uruguay, doctor Harmodio Arias, sobre solidaridad de los «países del Nuevo Mundo» con cualquiera de ellos que fuere agredido. (¿Por quién?) Otra, del delegado mexicano

Médiz Bolio, para recomendar la incorporación de la raza indígena a la civilización y la ciudadanía. Conclusiones inútiles todas, porque no afrontan la realidad sinceramente ni reúnen elementos de efectividad. Ocuparán apenas unas cuantas galeradas en los anales de la malhadada tertulia, junto a las erupciones oratorias que originaron.

En cambio, cuantas proposiciones se presentaron que rozasen, aunque levemente, cualquier problema político de Indo-América, murieron por estrangulación. Sirvieron esos casos para descubrir la entraña misma del panamericanismo pontificado por los mandones del Departamento de Estado. Frustrado quedó, sin merecer discusión, el voto un tanto sentimental y vago, propuesto por el delegado hondureño señor Trejo Castillo a favor de la emancipación de Puerto Rico. Hasta el recuerdo de Bolívar naufragó entonces. Ninguno de sus deificantes memoró que la independencia de esa Isla fué preocupación constante del gran luchador. Una interrogación amenazadora del ministro South al delegado Trejo Castillo bastó al Comité Directivo para soslayar el escabroso asunto. Y como remate a la humillación el gobierno hondureño, para remediar «la desgracia»—textual— cometida por su representante, le canceló cablegráficamente sus credenciales y lo removió del cargo que ocupaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Lo mismo sucedió con el voto del invitado especial, doctor Carlos Puig V., expresivo del deseo de que los Estados Unidos demostraran sus sentimientos de fraternidad panamericana en el tratado que acaban de imponer a Panamá después de largos trámites herméticos. La comisión respectiva reputó improcedente e inoportuno el voto y lo devolvió al proponente.

Mas donde la abyección llegó al máximo fué al pedir el delegado nicaragüense que se solicitara de la próxima conferencia panamericana medidas apropiadas a trasladar a la ciudad de Panamá la sede de la Unión. Dígase para mayor ludibrio que fueron dos panameños quienes ajusticiaron la iniciativa. A la verdad, para los que repudiamos todo enlace, toda relación, todo trato con el panamericanismo burocrático, la respuesta tenía apenas una ligerísima intención y sería inocua en la práctica. Sea cual fuere la residencia oficial de la Unión Panamericana, su mecanismo estará siempre determinado y dominado por la plutocracia yanqui. El pacto constitutivo de la Unión es muy *sabio* para que se le escape cualquiera de estas posibilidades. Pero la moción era una enormidad según el criterio encadenado de los representantes panameños. Dos de ellos, aspirantes a la Presidencia de la República, esto es, cortesanos del Departamento de Estado, la combatieron hasta lograr que fuera retirada. Uno, el doctor Ricardo J. Alfaro, ministro de Panamá en Washington y vocero en el Congreso de la Unión Panamericana; otro, el señor Garay, ex-Secretario de Relaciones Exteriores y actualmente diplomático. El primero elevó un himno mendaz a la obra del

panamericanismo y pidió, para evitar a Panamá el disgusto de United States, el rechazo de la proposición nicaragüense; el segundo imploró de su autor, ya en el instante de la votación, que la retirase a efecto de no enredar al gobierno panameño en conflictos y dificultades. Con esto supone tal vez el señor Garay purgado el crimen cometido en 1921, cuando presentó a mister Hughes una protesta contra la actuación de Estados Unidos en el lamentable choque de Coto. La nota era de un subido y violento tono lacrimoso. El señor Garay cultiva un género de diplomacia sensiblero y elegiaco.

Pero lo que remarca más la inutilidad del palique *bolivariano* es la actitud del jefe de la delegación yanqui. El ministro South extendió una lámina de aceite sobre aquel maremagnum discursivo. Declaró que su gobierno no le concedía al Congreso más que un valor conmemorativo; que los delegados carecían de poderes para abocar y resolver cuestiones políticas; que la representación norteamericana se abstendría de discutir y votarlas, pero que daría cuenta de ellas a Washington. Un terror silencioso, casi trágico a fuer de grotesco, paralizó a la augusta asamblea. Días después de clausurada, el mismo ministro rehusó firmar las conclusiones que tuviesen alcances políticos, mientras recibía instrucciones de su gobierno. No han llegado las instrucciones. Pero quizás reposen ya en las cancillerías hispanoamericanas amenazadoras notas procedentes del Vaticano panamericanista.

* *

Deja el reciente Congreso de Panamá, no obstante su actuación negativa, ciertas afirmaciones que conviene precisar. Deja reafirmada la convicción de que los intereses vitales de la América Hispánica pugnan violentamente con el panamericanismo. Deja también probado que la unidad de la patria grande la realizarán los trabajadores manuales e intelectuales, las juventudes universitarias y estudiosas, la nueva generación, en suma. Los gobiernos y las clases que los ejercen, cómplices del pasado y amenaza del porvenir, no sienten el anhelo de mancomunidad. Su beneficio, su bastardo interés, exigen la eternización de las rencillas y disputas actuales. Necesitan para su lucro que se sucedan uno al otro los Tacna y Arica, u otros chismes semejantes de pillerías diplomáticas. Y repetirán para ello la farsa de estos congresos gástricos en que no satisfechos con mentirse a sí mismos y poner oropes sobre el botín en reparto, falsifican hasta las glorias del Continente, como acaba de ocurrir con la figura siempre infortunada de Simón Bolívar. Pero frente a los gobiernos o contra ellos, frente a la opinión oficial o contra ella, están las nuevas generaciones con una opinión cada vez más consciente y organizada. Las nuevas generaciones de obreros y de estudiantes, libres de participación en las corruptelas pasadas y presentes, se percatan de su misión y siguen su propio derrotero. Tienen un ideal de justicia integral. Comprenden que deshechos los aspectos teratológicos

que hoy manifiesta la vida social, caerán rotas las murallas de nacionalismos mezquinos y regionalismos asfixiantes. Pero la faz primordial de esa tarea es la inteligencia entre sus factores. Por esto urge la reunión del congreso de juventudes obreras y estudiantiles de Indo-América. Podría efectuarse conforme al esquema acordado para el que debió celebrarse en Panamá, el 22 de junio y cuya realización impidió, de hecho, el gobierno de este país. El congreso de trabajadores manuales e intelectuales y estudiantes indo-americanos debe ser una aspiración cordial de la juventud y el proletariado nuestro. Tenemos una palabra que enfrentar a la prédica de los reaccionarios que, ante la crisis de las actuales instituciones, preconizan el retorno al feudalismo colonial. Tenemos que articular un lenguaje real, vital, preciso, desbrozado de lirismos ineficaces. Es menester que los sindicatos y organizaciones obreras, las federaciones universitarias, las asociaciones de intelectuales vanguardistas, comiencen desde luego, un cruce de ideas a tal finalidad. La Comisión Organizadora del Congreso Estudiantil de Panamá podría reconstituirse y servir de centro encauzador y corporizador de las actividades preliminares. O, si por diversas razones ello no es posible, que recomience sus labores en ese sentido el Comité Organizador del desistido congreso universitario de Montevideo, ampliando la estructura del congreso para que entronquen allí los obreros de la inteligencia con los del taller.

DIÓGENES DE LA ROSA.

Miembro de la Comisión Organizadora del proyectado Congreso Estudiantil Bolivariano

Panamá, julio de 1926.

Y...

la felicidad? ¿No es acaso hija de nuestra imaginación? Felicidad: sólo sirve de comparación que realza nuestras penas.

¿Y... la felicidad? ¿dónde está, qué es? De ella todos tenemos una imagen. ¿Quién es su dueño? Nadie. ¿De qué sirve ser malo o ser bueno, si el destino azota por igual?

Felicidad, gentes cansadas de buscarte te han encontrado en el dolor; en él vives, eres su hermana; sólo difieres de él lo que un día de otro.

Felicidad, escudas el dolor; también lo proteges; él te engendra; prueba de ello es: «la alegría por el dolor».

MAX JIMÉNEZ

San José, Costa Rica, 1926.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Apreciación¹

Señores:

Conocíamos a Moisés Vincenzi como a un cultivador de la Filosofía, rama de la ciencia cuyos frutos sólo parecen saborear con fruición paladares privilegiados. Sin embargo, si reflexionamos un poco, prontamente caeremos en la cuenta de que, con todo y estar considerada como la más abstrusa de las especulaciones mentales, es en verdad la Filosofía el ramo de la ciencia a cuyas caprichosas sugerencias con mayor abandono, y con deleite más íntimo, tal vez, se entrega la generalidad de las gentes.

En puridad, no existe ser humano por ventura exento de la predisposición, en todos congénita, a indagar, con desenfado atrevido, los misterios de que está rodeada la vida o a romper torpemente los velos que a nuestras ansiedades encubren las temerosas representaciones del porvenir; de donde resulta que, como por gracia de la Providencia, todos por igual practicamos aquella deliciosa Filosofía que pone la dulce promesa de sus espejismos a cada jornada de nuestro viaje. Es la Filosofía de la imaginación, — «la loca de la casa», si no tan certera en sus adivinaciones y pronósticos como la ciencia de los primeros principios, más generosa en cuanto aúna las posibilidades de la vida a los anhelos del corazón.

¿Pero es acaso que la imaginación ha permanecido extraña a las funciones de la facultad filosófica? No es de necesidad haber cultivado profesionalmente la Filosofía para poder contestar a la interrogante: démonos a recorrer con la memoria las plazas y aledaños de Atenas, la diminuta ciudad de Pericles; oigamos ahora a sus filósofos: la muchedumbre escucha en silencio que más bien parece delirio: es que la armonía de la lengua ática ha cautivado su alma toda; pero es también que el entendimiento de los oyentes ha sido transportado por la sutil retórica de los filósofos a las regiones en que la imaginación fantasea las más audaces, las más hermosas, pero también las más fantásticas explicaciones a los misterios más imperativos del mundo y de la vida. Pueblo dotado de vivaz imaginación, en la imaginación debía encontrar la fuente de sus poéticas ideaciones filosóficas.

El progreso de la ciencia ha aportado a la vieja Filosofía el apoyo de los métodos experimentales, los cuales excluyen, al parecer, los fantaseos de «la loca de la casa»; pero al retorno predominante de la imaginación ha dado lugar un recrudescimiento de la suspicacia mística, agente curioso e inquisitivo y, como tal, interesado en esclarecer las relaciones que nos unen con el mundo de aquí abajo y con el mundo de allende la tumba, descargando así nuestro corazón de las angustiosas preocupaciones que nos infunde lo desconocido. Sin que

sea forzoso poner oído atento a los soliloquios de la mística, en cualquier escuela filosófica escucharemos el zumbido musical que, al romper el aire de las alturas, producen las alas de la imaginación, aunque el ímpetu de su vuelo haya arrancado de construcción sólidamente afianzada en una premisa cierta.

El mismo filósofo de la razón pura y de la razón práctica ha necesitado el concurso inicial de la imaginación para construir su maravilloso sistema; porque es sin duda esa facultad mirífica la que a Kant le sugiere aquellas concepciones que, combinadas en una fuerte unidad por naturales concatenaciones de lógica, vienen a constituir la organización más perfecta de orden moral ideada por hombre, al interpretar, con la penetración del genio, el plan divino dentro del cual se mueve el género humano, libre de torpes o humillantes esclavitudes.

«No hay figura», dice el insigne don Juan Montalvo, «que no sea un recuerdo o un conjunto de recuerdos; de muchas reminiscencias la imaginación pergeña un cuadro hermoso y nuevo». Sólo que el filósofo, según el común sentir, trae sus reminiscencias de arriba, y esto lo acondiciona para pergeñar esos idearios, a veces sublimes, que son como revelaciones en sus oídos benévolamente musitadas por el propio Creador. Habremos de reconocer, por consiguiente, en honor suyo, que los filósofos dan empleo muy elevado a sus poderosas facultades imaginativas, y si esto tiene valor extraordinario en cuanto abre a nuestra avidez los paraísos de las tierras soñadas en horas de angustia, no lo tiene menos como mago a cuyo conjuro el arte acude a poner sus tesoros más preciados a merced del pensamiento ansioso de noble atavío.

Tal vez aparezca dudoso para algunos que la Filosofía, faena de lógica, necesite el apoyo de la imaginación o que el filósofo, para cumplir propiamente con su oficio, deba poseer en buena medida esa preciosa facultad; un intento para hacer desaparecer esa duda estaría aquí fuera de sitio; pero permitidme, señores, que traiga a cuento ahora el caso de Moisés Vincenzi, el joven filósofo en cuyo honor se celebra esta interesante velada. Vincenzi es el único intelectual que entre nosotros ha cultivado la Filosofía a conciencia,—profesionalmente, diríamos, si por el empleo de esta palabra no se llegase a entender lo que no hemos pensado decir o, sea, que con el ejercicio de la Filosofía, como profesión, se gane la subsistencia. Para agenciarse el necesario sustento, Vincenzi labora en el departamento de educación pública, que no siempre se cuida de remunerar con esplendidez a sus servidores; pero, bien hallado con modesto vivir, exento de toda concupiscencia, en esto mismo se muestra cabal filósofo.

Lo publicado por Vincenzi abarca diversidad de motivos, en algunos de los cuales, sin embargo, no encontraréis, al pronto, el

lazo de relación que establece o define su congruencia con los aspectos de la Filosofía. La crítica es también género en que Vincenzi ha ejercitado brillantemente sus facultades de pensador, y es precisamente la crítica una actividad del espíritu que en mayor suma ha menester contingentes filosóficos para extraer sus juicios de la entraña en que ideas y arte ocultan su razón de ser a los ojos profanos.

En verdad, Vincenzi no ha compuesto libro que rigurosamente pueda presentarse como un estudio de Filosofía sistemática; después de todo, no siempre son los mismos filósofos los que exponen sus ideas en libros o textos al modo didáctico. No escribió Montaigne, por ejemplo, ningún libro en que con rigor lógico dejase preceptuada la teoría concerniente a una escuela filosófica; no fué, pues, un tratadista propiamente; con todo esto, las escépticas ideaciones, simplemente las escépticas ideaciones de los *Ensayos* hacen de Montaigne, en cuyo semblante se dibuja el rictus irónico del gran señor satisfecho, el filósofo del desencanto,—frío, indiferente, elegante.

No ha necesitado tampoco nuestro compatriota reducir su Filosofía a los formulismos de un reglamento: ella resbala dulcemente, como una agua lustral, desde todos los manantiales abiertos en su espíritu, sobre las quemaduras que en muestra epidermis ha dejado el fuego de las pasiones; porque este filósofo es eminentemente optimista; ved, si no, con qué efusivo entusiasmo aplica su palabra fervorosa a sugerir las actitudes que el pensamiento indohispano debe asumir para convertirse en una fuerza continental que del cerebro trascienda al músculo. En esto mismo podemos admirar el poder de su imaginación soñadora.

Existe, sin embargo, una obra de Vincenzi en que de modo singular se manifiesta la exuberancia desbordante de su imaginación: es la novela titulada *Atlante*, poema de fantasía a lo Pedro Benoit, que él mismo con toda exactitud ha calificado de «novela fantástica». Este «boceto de novela», así también lo designa modestamente, es, por otra parte, testimonio magnífico de que Vincenzi discurre con fortuna envidiable en otros dominios del arte literario. En hecho de ejecución, *Atlante* se ajusta a los principios generales de la novelística; técnicamente es, según esto, una novela bien acabada, y en este particular el mérito sube de punto si se considera que los personajes son seres alados y que el suceso referido ocurre en «una isla misteriosa e ignorada», cuya condición telúrica tenía que ser diferente de ésta que nos rodea.

En el cuadro surgen, ya lo dije, representaciones ennoblecidas por las alas del ángel y que en verdad no son sino símbolos de ideas; su constitución corpórea tiene todas las proporciones y todas las armonías de los efesos clásicos; pero entre estos seres, que aun no han podido sacudir de sus plantas el polvo de la tierra, se riñe con ira por el triunfo del bien o del mal; sólo que entre tales paladines la lucha

1. Leída la noche del jueves 1.º del mes en curso, en el Teatro Nacional, en la velada que algunos escritores y artistas organizaron a beneficio del señor Vincenzi, en proyecto de viaje a España.

El encanto de Chopin

alcanza, allí, en la novela de Vincenzi, la grandiosidad de lo épico. Cuando se lee este fantástico sucedido, se le viene a uno a la memoria el recuerdo de aquella dulce y triste pareja de enamorados, últimos representantes de la humanidad terrestre, que Flammarión, el poeta de los espacios estelares, contempla allá, a la distancia de vertiginosa lejanía, inexcrutable hasta para la imaginación, y que sobre el yerto cadáver de la tierra se extinguen lentamente, buscando en los inagotables fluidos del amor una postrera onda de caloría para reanimar sus cuerpos ateridos.

Por obra de seculares evoluciones, esta doliente pareja había alcanzado el summum de perfección a que, así en lo ético como en lo físico, debía ser llevada la humanidad por mano de la naturaleza, de esta naturaleza que, luego de haber agotado sus múltiples energías en faena de perenne creación, imprime ahora en sus hechuras amadas, como señal de próximo fin, que no tiene de amenaza, sino, antes bien, de caricia, las delicadezas de un preciosismo decadente y refinado. Estas figuras lastimosas son el fruto necesario de una naturaleza que se consume en larga agonía y que siente lo irremediable de su sino fatal.

Las figuras que encontráis en el libro de Vincenzi son creaciones vigorosas: su cuerpo tiene la carnadura del mármol pentélico; su espíritu es un soplo de inspiración jónica. Si queréis admirar la potente imaginación de nuestro compatriota el joven filósofo, leed, señores, ese «boceto de novela» que, con el nombre de *Atlante*, corre modestamente por la provincia de las letras patrias.

JUSTO A. FACIO

San José, Costa Rica,
julio de 1926.

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro
Apartado de Correos 293
Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

El padre murió en la primavera del año 1833, y pasé el verano con mi madre en Francfort. En aquella época estaba enteramente absorbido por el estudio de los oratorios de Hendel, cuyas partituras me prestó Fernando Ries. No conocía *Deborah*, y su lectura me sorprendió tan agradablemente que comencé a traducirla al alemán, pero sin objeto determinado. Por lo visto le hablé de ello a Ries, porque al volver a París con mi madre, en otoño, recibí de él una carta en la que me preguntaba si estaba dispuesto a traducir el libreto de dicho oratorio, añadiendo a la música algunos acompañamientos; la obra debía ser ejecutada en el próximo festival de la Baja Renania, y era preciso que estuviera para año nuevo. Acepté con placer, acabé mi labor en el tiempo fijado y recibí, en recompensa, una invitación para el festival. Chopin, muy amigo mío y al que veía a diario, se dejó convencer fácilmente para acompañarme; y estábamos combinando el itinerario cuando nos avisaron que el festival no se celebraría para Pentecostés, sino más adelante. Pero apenas nos habíamos consolado del retraso, cuando me informaron que se había recibido autorización para verificarlo en la fecha primeramente fijada. Corrí a llevarle la noticia a Chopin, y éste me contestó con melancólica sonrisa que ya no podía marchar. Es que siempre tenía la bolsa abierta para auxiliar a sus compatriotas, los polacos desterrados, y aunque había reunido los fondos para el viaje, al conocer el aplazamiento le bastaron cuarenta y ocho horas para quedarse sin dinero. Como yo me negara a separarme de él, reflexionó y dijo que creía poder arreglarlo todo. Sacando de una carpeta el manuscrito de su precioso Vals en *mi bemol*, fué a llevarlo a Pleyel y volvió con quinientos francos. ¿Habrá quién no comprenda la alegría que entonces sentí? Hicimos un viaje excelente hasta Aquisgrán. Tuve el honor de albergarme en casa del *Oberburgermeister* y Chopin alquiló una habitación en las cercanías. Fuimos sin pérdida de tiempo al ensayo de *Deborah*, donde, con gran satisfacción y no menor sorpresa, nos encontramos a Mendelssohn, que se juntó con nosotros.

Aparte de algunos fragmentos de *Deborah*, la impresión que me produjo aquella fiesta musical se ha borrado de mi memoria. Pero lo que sí recuerdo muy bien es el día que pasamos juntos en Dusseldorf, donde brillaba con todo el esplendor de la juventud la Academia de Bellas Artes recientemente organizada por el famoso escultor Schadow. Mendelssohn había dirigido el festival celebrado en aquella ciudad en la primavera anterior, y en otoño había entrado en funciones de director. Ocupaba dos habitaciones muy lindas en los bajos de la casa de Schadow, trabajaba en su *San Pablo*, frecuentaba los jóvenes pintores de la Academia, montaba a caballo, en una palabra, gozaba de la vida en un ambiente simpá-

tico. Durante la mañana del día que pasamos en Dusseldorf no hicimos sino sentarnos por turno al piano, y consagrarnos la tarde a un paseo propuesto por Schadow.

El aspecto general y el tono de la sociedad en que fuimos introducidos produjeronme una impresión que no olvidaré jamás. Parecíame ver a un profeta rodeado de sus discípulos. Schadow, cuyos modales llenos de elegancia y de dignidad llamaban la atención, así como la nobleza de su testa y la elocuencia de su palabra, tenía en torno suyo cierto número de jóvenes, grandes artistas muchos de ellos y algunos dotados de gran belleza: todos le escuchaban sumisos y silenciosos y les parecía muy natural que el director les sermoneara. Enseñar, conmovir y alentar la juventud y reñir seriamente si venía al caso, aun fuera del taller, era una cosa tan natural para Schadow, que al comunicarle Félix su intención de acompañarnos al día siguiente a Colonia no pudo menos de preguntarle muy serio qué sería de *San Pablo* con todas aquellas excursiones y distracciones. Mendelssohn rehusó con tranquilidad y firmeza que todo estaría terminado a tiempo. Al finalizar el paseo encontramos un café y un juego de bolos. Félix, que nos había acompañado a caballo, me lo prestó para el regreso. Chopin, por su parte, permaneció completamente apartado de los demás; iba a mi lado, observándolo todo y comunicándome en voz baja sus impresiones. Schadow, siempre hospitalario, nos rogó que fuéramos a pasar con él la velada, y allí encontramos algunos pintores jóvenes que prometían mucho. La conversación fué animándose por momentos, y todo hubiera marchado a pedir de boca, si el pobre Chopin, olvidado en un rincón, no hubiese quedado al margen de la conversación; pero Mendelssohn y yo sabíamos muy bien que llegaría para él la hora del desquite, y esta idea nos daba una satisfacción interior. Por fin abrieron el piano. Yo comencé a tocar; luego, Mendelssohn, y después rogamos a Chopin que tocara algo. Al oír esta invitación muchas miradas incrédulas se fijaron en él y en nosotros, mas apenas había ejecutado algunos compases, todos, Schadow el primero, quedaron asombrados: nunca habían oído nada parecido. Transportados de placer, los oyentes no se cansaban de pedir una pieza tras otra. El conde de Almaviva se había quitado al fin la careta, dejando a todos mudos de sorpresa.

F. HILLER

(Envío de E.)

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.
Sarmiento 1266. Buenos Aires

El trópico y el mar como ambientes poéticos, Luz, color, música

Fragmento de las Palabras Prologales
puestas a *El Libro de la Nave Dorada*,
escrito por ALCIDES SPELUCÍN.

El gran protagonista de esta poesía es el mar; el mar tropical, ardiente, luminoso y alucinado. Mejor dicho, el mar es la metaforización de este lirismo, delumbrante como un zaetazo de luz. En él encuentra el símil, la metáfora, la imagen y la objetivación de su estremecimiento interior y efusivo. Es el espejo y el vehículo plasmable de su fervor estético.

No conozco una idealización más rica del mar que la de este libro. El mar es y ha sido siempre el ambiente natural más parco y monótono para la imagen y la metáfora. Ha sido la materia poética de composiciones aisladas y sueltas pero rara vez el personaje central de toda una obra poética tan bien organizada, trabada y rica como ésta. Es preciso verla realizada para convencerse y comprender una vez más, que la sensibilidad del artista lo es todo. En este aspecto Spelucín no tiene par en América.

El poeta nace a la emoción marina. Cuando sus pupilas rompen la tiniebla del seno materno, al clarear de la primera aurora, lo primero que percibe es el estuario infinito de su libro. La inmensa llanura misteriosa de rutas innumerables, donde se abrazan todas las culturas, todas las civilizaciones y los hombres de todas las razas hacen un llamado irrevocable a sus pasos viajeros. Su alma niña, a la luz recién nacida de los cielos remotos, a los feéricos crepúsculos del Oriente, siente la atracción perentoria, la saudade magnética y fascinante de comarcas ignotas, de urbes trepidantes y radiosas, de cálidas bahías de ensueño. Quiere hollar los lomos turgentes de todas las ondas que se abren a sus pies y que traen el ritmo de azules y encantados parajes. ¡El mar, siempre el mar, el mar dilectísimo que acuna melodiosamente al mundo, con su eterna romanza!

Una y otra vez la riqueza emotiva del artista siempre encuentra motivos para animar y humanizar el camino de todos los caminos. Esta emoción marina, esta viajera pertinaz arma su aduar de ensueño en las playas más inhóspitas y desnudas. El poeta también, como toda la cohorte de romeros celestes, quiere nombrar con su verbo a esta esfinge móvil y melodiosa que nada articula. Enhiesta su gonfalon lírico y despliega sus nervios para modular el grito musical que se cuaja desde toda eternidad en esas entrañas brunas de piel verdeazulada. Los barcos no solamente han de ser vehículos de mercados y de codicias; lo son, también, de cantos, de lágrimas, de ternuras, de pensamientos y de melancolías.

Oigamos al poeta;

Fletados de crepúsculo, de los muelles de Oriente
zarpan a la hora sexta muchos barcos divinos...
se van en teoría, meditativamente,
como un éxodo blanco de pájaros marinos.

(Los Barcos de la Tarde).

Los ojos que han mirado sus siluetas de oro;
las alas que han seguido de cerca sus cordajes;
las canciones sonámbulas que cantaran en coro
las líricas sirenas, compañeras de viajes;

(Los Barcos de la Tarde).

Era un coro fantástico de fantásticas violas
junto al peñón que hacía de quimérico atril.

(La Barca Rosa).

La barca pescadora, en un gran gesto alado,
bate sus lonas claras a la tarde sanguina,



Alcidés Spelucín

Dibujo de ESSQUERRILOFF

rumba quilla al poniente y a toda ventolina
se pierde con su viejo marinero tatuado.

(En Púrpura).

Medio deshecha, con su enorme boquete en el costado,
francamente es triste condición esa de la *Musardina*;
tirada allá, tan lejos, a toda ventolina
como un pájaro herido al que nadie ha curado.

(Elegía de la *Musardina*).

En la lírica hispanoamericana constituye la poesía de Spelucín una nota característica y típica, por su fuerza creadora, por su vuelo emocional y efusivo, por su miraje nuevo y auténticamente original de las cosas. En medio del nutrido gárrulo corro que se alza de la retórica vaciedad sudamericana, esta voz nos revela la América nueva.

Esta delumbrante sensibilidad pictórica transmuta el color y la luz en emoción estética. Luz y color inconfundiblemente tropicales. Verbo radioso que está anegado en el torrente de claridades cenitales que se proyectan del límpido cielo. El poeta no sólo expresa el color objetivo, no sólo transporta la realidad inmediata y táctil, no sólo lo incrusta, fotográficamente, en el verso, sino que lo piensa y lo permeabiliza en el espíritu; lo siente como estados de conciencia, como acendrada entraña de su sensibilidad. ¡Pensar el color, he aquí lo que le diferencia de tanto rimador superficial y descriptivo!

En Chocano el trópico se encuentra únicamente como alegoría, como enunciación verbal y epidérmica. En Spelucín se halla transfundido y simbolizado. Se diría, para emplear un símil fisiológico, que está *digerido*.

Es preciso insistir, sobre todo, en el significado de esta última palabra, porque es la que revela el efectivo y sutil americanismo del poeta. Como lo dije al hablar de la obra de Vallejo, nuestro americanismo ha sido antes externo, decorativo, de un sobrehaz vulgar y adocenado, y, a veces, puramente convencional, falso y de artificio oropelesco. Exotismo trashumante y

de Baedeker que se importaba a Europa para divertir a la estética bobería cosmopolita, para despertar como aderezo o salpimentá literaria, el gusto estragado y fatigado del estetismo europeo. Para ese gusto depravado que no percibe ya la armonía estética organizada, sino que se complace con lo monstruoso que es lo único capaz de sacudirle el nervio átono y tórpido. Americanismo decorativo y gesticulante de Niágaras, Amazonas, Cotopaxis, tangos, rumbas y selvas impenetrables y bravías, tan lejos del grito entrañado, de la articulación estética de una raza que tiene una emoción de la vida y una visión original del Universo. Americanismo de tramoya escénica del cual se había esca-

moteado al Espíritu, al hombre americano. Literatismo fácil de escaparate, de exhibición, y de feria.

El americanismo del poeta es otro; es el auténtico y puro en que canta y se expresa la criatura humana. Es el trasunto de una música nueva; el ritmo revelatriz de una pulsación cósmica. Viene a expresar el misterio animico de nuestra raza hasta hace poco completamente hermético e inarticulado para el mundo. Hay en su entraña un poema religioso y sobrecogido, un estupor juvenil y viril ante la maravilla cósmica.

ANTENOR ORREGO

Trujillo, abril de 1926.

El Album de los pétalos de rosa

...Su compañera de celda habíalo notado: ocultaba con cautela una llavecita que en cadena de oro pendía de su cuello.

Indudablemente, más que de soledad, era de silencio su voto. Palabra que no se pudiese apreciar de indispensable jamás salió de su boca, plegada en gesto amargo, como temerosa siempre de que alguna queja traicionara su secreto.

Como lámpara mortecina que aminora gradualmente su luz, así su vida se iba, diríase tangiblemente, de su cuerpo-sombra.

Aquella tarde, gris como las que en su vida pagana la religiosa amara, arrancando con esfuerzo la joya que siempre ocultó, la dejó en manos de la Superiora, sin una palabra, porque también en ese momento, como un secreto que se escapa, salía su alma hacia el infinito de Silencio...

En la gaveta del oratorio oculta halló una arca pequeña que cedió a la llave indiscreta. Su contenido aromó el ambiente con esa esencia que puebla la imaginación de escenas de palacios encantados. Como la evocación misteriosa de esos collares de pétalos de rosa, en que cada cuenta quiere contar su cuento...

Eran cadáveres de rosas que removió el hechizo de la llavecita oculta. Cadáveres de rosas que ahora cobraban vida; venían de un lejano pasado, y débil por el tiempo, sobre su seda amarillenta que alguna vez fué rosa o blanca o roja, podía aún adivinarse lo que con tinta fué en ellas escrito por amorosa mano.

En las más claras se pudo leer:

«Dulce es mi agonía, dulce como la de esas hijas de la selva que injustamente heridas agonizan y mueren entre el arrullo de sus hermanas».

«¿A dónde irá a esconderse la tarde? Se aleja temblando porque se asomó al jardín que en el alma cultivo, y vió en él languidecer las violetas débiles, como languidece mi vida en aras de Su recuerdo...»

«Acude mi pensamiento a su luz, para que derrame alguna claridad en la bruma de esta mi noche solitaria».

«La torre de mi Destino es el dolor, yo la soporto, y en ella tan desnuda, tan negra, tan dura pongo ésto que acabo de recoger. ¡Ah!... está ahora adornada, la siento

Señor J. García Monge.

San José, Costa Rica.

Estimado amigo:

Desde hace algún tiempo venimos recibiendo la puntual visita del REPERTORIO AMERICANO, modesta y, sin embargo, admirable palestra de la inteligencia de nuestro continente.

En verdad, no sabemos cómo agradecerle a usted su envío. Muchos de los trabajadores intelectuales que andamos dispersos por los más insospechados rincones de América, esperamos la llegada de su revista con la misma ansiedad con que se espera las noticias de los familiares ausentes. Y es que el REPERTORIO tiene, precisamente, ese carácter. Es como un mensaje, como una gran carta familiar que se escriben recíprocamente todos los países de nuestra raza. Por él hemos logrado el conocimiento de ingenios preclaros; por él nos es fácil ya pasar revista a las avanzadas del pensamiento continental, y, sobre todo, darnos cuenta del nivel que dicho pensamiento señala en nuestra hora.

La obra que usted está llevando a cabo con tanta generosidad, señor García Monge, era de urgencia inaplazable en nuestra América. Por primera vez se ha establecido, en forma eficaz e inteligente, un nexo intelectual en ella. Nuestra palabra, de aplauso, pues, a su obra, y nuestro mejor deseo de servirlo en lo que esté a nuestro alcance.

Le saluda muy cordialmente,

ALCIDES SPELUCIN

Por este mismo correo, en paquete certificado, le remito a usted mi colección de poemas, El Libro de la Nave Dorada, de reciente publicación.

más liviana; la veo con un encanto singular. Quién sabe si después encuentre con qué acabar de ornar esa torre. Sí, entonces recogeré el perfume de una montaña de rosas, y la música de muchas alas de mariposas, y haré de la torre el palacio mejor».

«En mi convivio matinal con las hermanas rosas, bajo las hojas de una planta vi colgar alas dobladas, estaban dormidas... Y bajo mi dolor no duerme, mueve las alas mi espíritu, y sin perturbar al suyo, se acerca, y fraternalmente le da un beso».

«El amor, si es felicidad terrena, no es amor. Ha de ser una congoja del alma».

«No puedo, en mi torpeza, traducirle mi dolor. Es un gris fantasma enorme, que me acecha con pavor...»

Leído el sétimo pétalo, sintió la Superiora como si una fuerza extraña, tal un reptil arrollado al corazón, tratara de sofocarlo, y no pudo continuar leyendo. ¿Acaso se había escapado del arca el genio del Dolor, así como del vaso alabastrino de la cámara fúnebre del Faraón se escapó, como una protesta por la profanación, el espíritu sutil de la Muerte?

San José, julio de 1926.

REVUE DE L' AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

Principales colaboradores

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henry de Regnier, de la Academia Francesa, Magalhães Azevedo, Luis Guimarães y Graça Aranha, de la Academia Brasileña, Marius André, Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrère, Francisco García, Calderón, F. de Homem Christo, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyes, J. H. Rosny Ainé, etc.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año, \$ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

GRIS

Redacción y Administración,

84. Boulevard de Courcelles.—Paris (17^e).

Página lírica

de Alcides Spelucín

=Del tomo *El Libro de la Nave Dorada*.—Trujillo, Perú, 1926.—Editorial EL NORTE.
Y al señor Spelucín, las más sentidas gracias por el ejemplar con que nos ha honrado.=

Plegaria de amor

A *Antenor Orrego*

¿No me darás la arcilla de la cantera rosa
donde labrar mi vaso para gustar Amor?
¿No me darás un poco de tierra melodiosa
donde plasmar la fiebre de mi ensueño, Señor?

¡Mi vida es un estanque de agua bituminosa!
¡Lanza en él una estrella de ternura y de albor,
y en el plinto de mi alma, pon un mármol de diosa,
aunque sea truncado como Venus, Señor!

¡Por los líricos ritos, por vésperos y auroras,
por la lepra de luna que cilicia mis horas,
héme triste, héme bueno, héme humilde, Señor!

Apto estoy para ungirme con tus celestes dones;
pero, si voy enfermo, sangrante de canciones,
con mi lepra de luna... ¿Quién me querrá, Señor?

Viñeta antigua

A *Eloy B. Espinoza*

Marqués!

Oh, mi viejo y erguido marqués,
setentón, cortesano y pulido,
catador del más dulce Jerez
de la viña carnal de Cupido.

Marqués!

¡Oh, mi viejo y erguido marqués!
Ciñe bien tu casaca rameada,
disimula el audaz peluquín,
que el Amor, en amable emboscada,
hoy te espía a través del jardín.

A la sombra, entre mirtos y dalias,
ella espera tu afán rondador.
Los violines, en locas faunalias,
os convidan, marqués, al amor.

Marqués!

¡Oh, mi viejo y erguido marqués!
Campo rosa es su fina basquiña;
rosa rosa el rosal de sus pies;
¿Una rosa, ¿Una estrella? ¿Una niña?...
¡Oh, este viejo jardín de Aranjuez!

Marqués!

¡Oh, mi viejo y erguido marqués!

El mito cotidiano

Sobre la inmensa y fresca llanura adormilada,
el Sol vuelca sus copas sangrantes de buen vino,
y la llanura finge la recia y colorada
faz grietosa de un viejo borracho campesino.

La campiña, en la clara mañana aurisolada,
parece una esmeralda en cárcel de oro fino.
¡Oh, magna epifanía! ¡La Tierra está enjorada!
¡La Mañana es la fiesta policroma del trino!

Hay un ritmo salvaje en la estrofa sonora
que vibra con la rubia orquesta de la aurora
en los labios floridos de cada amanecer,

Y un simbólico mito, porque el sol aldeano,
al nacer es un joven y robusto silvano
que a la Tierra persigue como a una mujer!

El Cristo de la sonrisa

A *José Vasconcelos*

¿No conocéis al dulce Cristo de la sonrisa?
¡Estáis acostumbrados al de la herida honda!
Pero hay un dulce Cristo que paraboliza
en el huerto de Psiquis, bajo la noble fronda.

Tiene barba rizada como bucles de infante,
cabellera de loco, poseída de luz,
y unos labios inmunes, de tibio gesto orante,
donde está la sonrisa por la espina y la cruz.

¡Constelación de símbolos, hondas grutas serenas
son los ojos arcanos de este Cristo interior,
al que las humedades de seculares penas
plasmaron la mirada inmortal del amor!

El va con lento paso por las vías ríscosas
de los fieros instintos. Lirios de mansedumbre
van sembrando sus huellas. Sus dos manos radiosas
nos muestran el camino que lleva hacia la cumbre.

Hacia la cumbre excelsa de las claras verdades,
donde el podre y la rosa hallan su extraño nexo;
donde la forma es triste y llena de oquedades,
y el espíritu enciende su lumínico excelso.

Y este Cristo sereno que desprecia retablos,
y que pasa nimbado de humildad y de calma,
sin gárrulas cohortes, sin Pedros y sin Pablos,
es el Cristo sonriente de los huertos del alma.

Conoce a los faunitos de nuestra pobre arcilla,
y los tolera y quiere, porque sabe que son
las corrientes vitales del Amor, la semilla
que sembraron sus labios en nuestro corazón.

¡Exaltad sus doctrinas! ¡Bebed su fresco vino!
¡El ampara toda alma, él vive en toda cosa;
en el hombre, en la estrella, en el bicho mezquino,
y en las tardes de púrpura y en las albas de rosa!

La gran danza en la mayor

A *Essquerrilloff*

¡Oh, cuánto habéis peregrinado
desde el principio de todos los principios,
y cuanto aun habéis de peregrinar
en vuestras sagitales trayectorias de eternidad!

¡Ala, flecha, alarido o atómica partícula
hecha hombre un instante!...
¡Vibrátil melodía humanizada,
gota de vino del primer racimo,
polvo celeste que marcháis cantando
los epitalamios iguales y distintos
de Dios!

¡Oh, embriaguez de la conciencia misma!
¡Clarividente embriaguez paradójica!
¿Las bridas superiores os detienen
ante el abismo o ante la fontana
del Conocimiento?

¡No importa!

Claváis vuestros másculos resuellos
y olfateáis siquiera lo Ulterior...

Después.....

Después la danza báquica
y meridiana de la Vida.

Y el resolverse todo en Alegría.

El Dolor, la Muerte misma,
son las más inauditas alegrías.

Dios toca eternamente su pandero,
(cascabel, caramillo si queréis),
y nos hace danzar días y días
hasta que danzamos la DANZA EN LA MAYOR.

¡Y mientras tanto las frutas que maduran!

¡La miel hirviendo en el rosado vaso!

¡La energía del mundo que se acoge
al cenit musculoso de la carne!

¡Y Luz, foco de Luz, incendio de Luz
en el sensorio deletreador!

Por último, siluetas, perfiles, nebulosas,
pero siempre LA GRAN DANZA EN LA MAYOR.

Elegía de la Musardina

A Juan M. Sotero

Medio deshecha, con su enorme boquete en el costado,
francamente es triste condición esa de la *Musardina*.

¡Tirada allá, tan lejos, a toda ventolina,
como un pájaro herido al que nadie ha curado!

¡Porque para que la tengan así, como a un apestado,
a ella que fué leve como una ala marina,
mejor se está en el fondo, sobre la arena fina,
entre las algas suaves y el coral sonrosado!

¡La dejarán podrirse como a cosa inservible;
la robarán sus tablas para combustible
los portuarios lobeznos y los viejos tatuados!...

¡Así se irá por siempre la pobre *Musardina*,
la que fuera tan leve como una ala marina,
y anidara en lejanos horizontes dorados!...

Baltic Bar

A Jorge Castañeda P.

Ultramarinos bamboleantes,
viejos lobos retirados,

vasos llenos,

humo denso,

carcajadas,

naipes,

dados...

¡OH, ESTE NEGRO BALTIC BAR!

Aquí vienen los que sólo pueden verse en los espejos desmayados;
los blasfemos,

los vencidos,

los hijastros de la Mar!

Es su dueño un *maese* graso y serio,
de amplio puño y de labio doctorado en impropio;
sirve,

cobra,

grita,

veja,

y... también suele temblar,

cuando un mozo de anchos biceps,

bebe, tose,

y mascullando se despide sin pagar.

En el fondo hay un hombre que olvidó tal vez su idioma.
Sólo fuma,

fuma y toma,

hasta iluminar su exigua nariz roma,

y sus ojos,

donde siempre hay una lágrima que asoma,

Hay ex-hombres que alardean de quiméricos contratos:

¡Oh, Calcuta!

¡Oh, Bombay!

¡Oh, Nueva York!

Al oírlos, ironizan las orquestas de los gatos,
desafina el viejo timbre del reloj,
y en el aire va trazando sus burlescos garabatos

UNA

GRAN

PIPA

DE

BOJ

Lo que necesita Nicaragua

No conocía la nacionalidad de don Manuel Zúñiga Pallais, pero como se interesa por las cosas de Nicaragua con grande espíritu, me parece que lo hace como en negocio propio, que le toca el alma, y entonces pienso en algunos Pallais que conoci en Nicaragua, siquiera de nombre y que me hicieron la impresión de ser gentes de alta prosapia moral. Por cuanto quien lleva los apellidos se ve que los honra bien y los estima, comprendo que el consorcio entre los suyos es por lo que ambos tienen de virtuosos. No me es indiferente hacer esta introducción con respecto al señor Zúñiga Pallais, autor de un excelente artículo que bajo el título de *Nicaragua* se publica en el REPERTORIO AMERICANO, en el primer número del tomo trece, y cuya lectura recomiendo a todos cuantos de los nuestros se preocupan por la suerte de Nicaragua. El señor Zúñiga Pallais, en su interés bien sentido de iniciar líneas de orientación para aquel

gran país, ahora sí es de llamarlo hermano con toda el alma, esboza este plan sencillo y completo a la vez: Lo que necesita Nicaragua:

I.—Cruzada cultural.

II.—Red de comunicaciones.

III.—Gobierno nacionalista.

Por primera vez, ya no se oye aquello de intervención americana, ni de tratado Bryan-Chamorro, ni de liberales ni conservadores, ni de revoluciones en Bluefields, ni de la Loma, ni de Tisma, ni de Acoyapa. Ya no se habla de estas cosas inútiles e infecundas, ni menos aún de gobiernos constitucionales o no constitucionales.

Esto de los gobiernos constitucionales o no constitucionales es muy del agrado de los americanos. Ya no se habla de eso aquí, sino de una obra grande y sistemática de cultura y de vías de comunicación que atraviesen el país de mar a mar, el vasto y riquísimo territorio de Nicaragua. El día en

que en Nicaragua haya una generación de hombres que piense así y solamente así, mejor que sea una generación de hombres jóvenes, entonces comenzará la nueva historia de esa admirable patria centroamericana. Cultura y vías de comunicación es el secreto de todos los países que no viven de revoluciones, que no viven para las revoluciones y que no se pasan la vida exaltando al último héroe de un tiroteo vulgar cualquiera, ni pensando que con un golpe de cuartel o con un asesinato, modifican radicalmente la suerte de una nación. Este plan insinuado por el señor Zúñiga Pallais, dígame que es en parte esencial, un plan docente. Sí, es precisamente un plan docente porque es el único que puede servir de base para la reconstrucción moral de un país, y tanto ha visto y tanto ha sufrido Nicaragua, que es necesario allí una renovación de valores morales, una verdadera reconstrucción del alma por medio de ideas intensas y de trabajo sostenido. No es, pues, un simple plan político o de políticos lo que se sugiere, no es la habilidad de un político

nicaragüense la que se pone en juego, no es para darle la presidencia a este conservador o a aquel liberal, sino algo mejor: el medio de elevar y fortalecer la conciencia del hombre común de Nicaragua, a quien no se puede culpar justamente por todo esto desordenado y trágico de que se compone la historia de este país en los últimos años.

No hago mayor hincapié en lo del gobierno nacionalista que sugiere el escritor. También él mismo lo pone en tercer lugar, y hace bien. Y no pierdo de vista que la concepción de un gobierno nacionalista en el señor Zúñiga Pallais no es un zambrote conservador-liberal o liberal-conservador, sino algo moderno, lleno de espíritu moderno: nacionalismo con tendencias económicas, culturales, sociales, renovadoras.

No son los gobiernos los que nos salvarán o lo que salvará a nuestros países desorganizados. No son los gobiernos extremistas ni de componendas, ni tiranos ni revolucionarios, sino otra cosa que siente hondamente el señor Zúñiga Pallais; que lo siente con una emoción profética y varonil. Porque la empresa es gigantesca, sin duda alguna: no se trata de poner a un partido a gobernar, sino de poner a toda la nación a gobernarse. Nada se saca Nicaragua con las hordas holgazanas de gobernantes o de revolucionarios. Lo que hay que salvar en Nicaragua es al hombre. ¿Si será posible pensar que vendrá un día en que lo del gobierno sea de valor secundario o esté plenamente supeditado, como en ciertos países, a la acción de los otros intereses vitales que se organizan, los de la industria, los de la agricultura, los de una noble vida social, los del trabajo, los de la escuela? Tengo la idea de que hay estas formas de gobierno en que éste es un simple instrumento, como debe serlo, del orden social-económico de un país. Todavía entre nosotros hacemos gobiernos como cosa esencial de la República. En Nicaragua es una cuestión de vida o muerte saber quién es el que debe gobernar. Pero con todo, todavía Nicaragua se halla en una etapa de su proceso político-social en que no puede prescindir de la organización de un partido político nacionalista, para ponerle fin, en primer lugar, a la discordia de los viejos partidos y para comenzar a construir un partido nuevo de índole social-político sin consideraciones a un pasado histórico, mezcla de humillación y de tragedia.

RÓMULO TOVAR

(La Prensa,
San José de Costa Rica).

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Órgano del Centro de Estudiantes
de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739

Buenos Aires.

Los viejos

QUÉ secreto designio los atrajo un día uno hacia el otro y los juntó estrechándolos en quién sabe qué remoto recodo de la vida, a través de la cual ya desde entonces prosiguieron, los dos en uno, anda, anda...? ¿El amor, el dolor? ¿Qué misterio trocó las dos existencias en una que discurre ahora, a veces sonriendo, sollozando a veces, por un solo tortuoso cauce?

Helos aquí frente a mi ventana, los dos viejos silenciosos, sentados al borde de la acera. A los dos los baña este sol tempranero y bueno, caricia y bálsamo, que mi corazón sintió un día al contemplar unos ojos negros que son como dos caminos de eternidad sonriente y bella.

Los dos viejos han venido a descansar frente a mi ventana y yo los contemplo a todo gusto saboreando el milagro de la bondad solar. Un comemaíz se ha detenido en una de las espigas del crucero del poste del telégrafo y apura una gota formada de rocío suspendida del hilo próximo. Una mariposa de alas amarillas pasa rozando la cabeza inclinada de la viejecita; el anciano lo advierte y sonríe. Ahora el comemaíz se ocupa en extraer una miga perdida entre los despojos esparcidos en la calle. El viejo lo advierte también y de nuevo sonríe, trata de hacer partícipe de su buen humor a la anciana, pero ésta no atiende: graves preocupaciones le tienen cogido el pensamiento y vuelve la cabeza hacia otro lado. ¿Qué ha podido descubrir hacia la mitad de la calle para que allí se dirija como atraída por una fuerza superior? Ah!, ¡un espejo pequeñín! No ha sido otra cosa, un espejito de marco dorado que algún niño dejara perdido al cruzar la calle. Los dos ancianos se interesan con el hallazgo de un modo extraordinario, se contemplan sucesivamente dentro del pequeño marco y sonríen, sonríen. No oigo sus exclamaciones, pero las adivino. Mi corazón rebosa simpatía: siento que amo la calle y los despojos esparcidos en ella, la mariposa fugitiva que cruzó acariciando con sus alas amarillas esa cabeza blanca, el comemaíz, la gota de rocío, la pareja de viejos que han venido a situarse cerca de mi ventana para tomar el sol. Y siento también, en lo más hondo del corazón, la caricia inefable de dos ojos negros que en mi vida son como dos caminos de eternidad sonriente y bella.

En mi paseo de esta tarde por las afueras de la ciudad los he encontrado de nuevo ya cerca del anochecer. Próxima había una tapia vieja detrás de la cual las pastoras asomaban hacia la calle su rubor. Agitadas por el viento rítmico de la tarde, las flores hacían la impresión de un grupo de alegres muchachas comentando inquietas los sucesos de la calle. Allí encontré la pareja de viejos, cerca de la tapia. Se habían detenido a curiosar alrededor de la copa marchita de un pino joven que iba colgando a uno de los lados de un carro de transportes. El pequeño

árbol tenía toda traza de haber sido días antes el punto central de una fiesta de Navidad: en los hilos de sus hojas, brillaban a la luz poniente, hebras de oro y de plata, fragmentos de estrellas y restos de alguna flor. ¡Cuántas emociones, cuánta alegría, despertaría en los corazones pocas noches antes lo que fué un momento no más, un árbol de ilusión y ahora sólo es un desecho cualquiera destinado a la basura. La anciana había logrado desprender algunas hebras brillantes de aquel despojo, y las contemplaba puestas en alto, abillantadas por las últimas hebras de la luz del sol. Sobre la tapia las pastoras cuchicheaban inquietas los sucesos de la calle.

Hoy ha sido en un tranvía. La falta de costumbre hace que ignoren los reglamentos de tales sitios, y así se explica que el viejo continúe fumando su cigarrillo en el interior del carro. Advertido de la prohibición, manifiesta extrañeza a la anciana, en voz baja que todos oyen, a la vez que le da a guardar el tabaco cuya brasa oprimiera entre los dedos en el preciso momento de oír la advertencia. La anciana oculta la colilla del cigarro en la punta de un pañuelo a flores rojas que anuda y esconde en el seno, y dirige miradas nada pacíficas, que nadie advierte, al empleado encargado del orden interior del carro.

Son las once de la mañana; el momento en que se suspende la agitación de la ciudad para continuarla hora y media más tarde. Obreros de las fábricas, escolares, empleados de comercio y de las oficinas van y vienen en todos sentidos. Frente a las bodegas de la aduana, al abrigo de un árbol límite de la pequeña plaza con el camino público, allí está la pareja de viejos: descansan a la sombra. Cerca se ve un carretonero y su carro. El conductor ha puesto al alcance de su caballo un saco de bramante con pasto fresco, y para sí ha extendido en el suelo una servilleta de manta con la ración cotidiana. Los dos viejos parecen abstraídos en la contemplación de aquel caballo que levanta el hocico, mastica la yerba, observa al amo o a las nubes que van en la lejanía del camino.

Hoy los encontré en el jardín público, a cierta distancia uno de otro, en bancos distintos. Advertí que los dos observaban con marcada insistencia hacia la puerta de la casa de enfrente en donde estaba estacionado un automóvil de lujo. Sin duda que la anciana fué la primera en advertir el movimiento indicador de algo especial, una cortina que se corrió, ruido de alguna puerta, quién sabe, porque de pronto palmoteó al viejo el cual se apresuró, a la medida que los pobres pies se lo permitieron, a acudir hacia el carro, pero con tan mala fortuna, —si sus intenciones eran de hablar con la persona que subió al vehículo,—que cuando pudo llegar al otro lado de la calle, ya el

carro había partido. Tendió la vista hacia donde su compañera y alzando las manos extendidas hacia adelante a la altura de los hombros, le hizo un gesto de resignación.

Ambos abandonaron el sitio para trasladarse al interior del parque. Como de costumbre, ella iba la primera, él siguiéndola, con las manos hacia atrás. Buscaron la sombra de unos árboles, se sentaron al pie y se pusieron a almorzar del contenido de una bolsa de papel que hasta entonces la vieja había mantenido oculta. A poca distancia del grupo, los comemaíces se refocilaban con migajas del festín que al descuido el viejo ponía a su alcance.

Al día siguiente los encontré otra vez en el jardín público. Un viento huracanado invadió el parque y puso en conmoción las ramas de los árboles, logrando derribar alguna. En la calle, ruido de carros y de caballos trotando. Gritos y silbidos de los conductores de carros de carga, la sirena de una locomotora, risas de niños. El vendaval sorprende a la pareja de viejos en uno de los extremos del parque. Ellos no saben si reír o enfadarse ante la salvaje acometida. Restablecida la calma, continúan por mucho tiempo en mitad de una de las callejuelas del jardín, asidos el uno del otro, auxiliándose, protegiéndose ambos. Semejaban dos pobres viviendas de techo pajizo, de esas que aparecen de cuando en cuando en las remotidades de los caminos solitarios, apoyándose recíprocamente, prestándose mutuo sostén. A lo lejos resonaba el vendaval.

Allá van otra vez. Se han detenido y examinan un balcón florecido de geranios, bañado de lleno a esta hora por el alegre sol de la mañana. Todo hace pensar en una linda muchacha de veinte años a cuyo conjuro ha saltado aquella florescencia maravillosa con el auxilio del buen sol. Se han abierto las maderas del balcón y he aquí que es una ancianita la que avanza con una pequeña regadera en su mano temblorosa. Los dos viejos se miran uno al otro. Miran al balcón florecido y continúan la marcha.

Una de estas tardes pude verlos en el concierto que daba la banda de música en los parquitos de Morazán. Se detuvieron frente a la pequeña pizarra en que se exhibe el programa de tales tocatas. El se caló los anteojos y me pareció que leía no sin alguna dificultad. Extendió la mano hacia la pizarra y quiso explicar algo a su compañera, pero ella no le atendió. Tomaron asiento por allí cerca: un limpiabotas les ofreció sus servicios, esto hizo que la anciana sin decir palabra recogiera los pies y los ocultara. Durante el tiempo que duró el concierto permanecieron en silencio.

Sin mucho trabajo he logrado descubrir, bajo la fisonomía marchita de este anciano de más de setenta años, al mozo garrido que los niños pudimos ver y contemplar llenos de admiración en días ya remotos, señoreando en el pescante de un landó de

lujo, tirado por un bravo tronco de caballos negros, de cascos potentes, que para nosotros constituía una de las maravillas de la ciudad. Las patillas negras, espesas y rizadas, del mismo modo que el mostacho, ojos negros y brillantes de mirada insistente; el vestido casi siempre negro. A los niños se nos figuraba que no de otro modo podían ser los emperadores de los cuentos de guerras y de príncipes.

El regocijo que se me entró en mi cuerpo de siete años aquella mañanita dorada en que por primera vez en mi vida subía a un landó, a aquel mismo landó: en el pescante el trasunto de emperador, recto, firme, fornido, elegante: los caballos resonando sus pisadas en el empedrado de la calle: un rayo de sol que se escurría por una de las ventanillas laterales del carruaje puso una caricia sobre mi cabeza humedecida aún por el agua del baño. Me levanté hacia la ventana opuesta y no logré alcanzarla; sólo logré ver los techos de las casas, algunos cubiertos de helechos que el sol doraba, pasando rápidamente en sucesión interminable. A los transeúntes sólo podía imaginarlos, me desesperaba la idea de ir oculto en el fondo del landó sin que mis conocidos pudieran advertir al pasajero que en vano trató muchas veces de alzarse hasta las ventanillas para desde allí darles adiós.

En cuanto a la viejecilla, poseo apenas unas cuantas referencias sobre su vida. El ligero bozo que lleva sobre el labio superior, y que ahora es como una sombra más sobre su rostro arrugado, debe haber sido un polvillo de voluptuoso encanto en los días de su juventud. Y fueron rosas de verdad, tomadas del fresco rosal de la vida, lo que Nuestro Señor pusiera como adorno de aquella cara de moza de veinte años y que lució con entereza hasta muy pasados los cuarenta. Su corazón fué una hoguera en donde ardieron en turbamulta las pasiones, y una hoguera en donde se quemaron todos los deseos. Su corazón, grano de incienso ardiendo entre la llama de su cuerpo lujurioso. Hacía partícipes a los menesterosos de su barrio de las ganancias de su comercio de mujer de vida sin respeto por la moral corriente, y uno de sus mayores afanes consistía en procurar ropas limpias y bien olientes a los más desgraciados. Todavía hay quien recuerda—y quien recuerda es y fué un pobre diablo en todo sentido—del perfume que ella ponía en su cabeza desgraciada o de la copa de buen vino que le daba para que su miseria le pareciera menos pesada por unos minutos. También gozaba alquilando un coche hasta por una hora, para llevar a pasear a una pobre muchacha inválida de la vecindad.

Fué moza de creencias, muy versada en la magia de las plantas y de esas que hacen oraciones a la luna. Parece que ya de vieja, en vez de invocar a la luna, rezaba ante la imagen negra y diminuta de una Virgen de los Angeles que consiguió en una venta de objetos viejos y que proclamaba como muy milagrosa.

El anciano ha ingresado al hospital. El y otros enfermos tomaban esta mañana el sol. Se auxilia de un grueso bordón al caminar, y se le ve muy triste. Casi no responde a la plática de sus compañeros, casi ni les atiende. Un viejo caballo blanco, cuyo oficio en esta casa es el de tirar del carro en que se llevan al cementerio los que mueren y no tienen parientes ni amigos, pasa por delante de los enfermos tendidos al sol, se detiene breves momentos, los mira, recoge del suelo algún tallo tierno y se va, paso a paso. Los enfermos con los ojos casi fuera de las órbitas, contemplan el caballo, siguen con la mirada los pasos del animal, y durante un largo rato se quedan pensativos. De pronto un soterré que ha salido de una grieta alta del muro, lanza al aire su canto alegre y dulce. Sus notas caen sobre el silencio de los enfermos como una flor de sol esmaltada de rocío.

Ayer al anochecer el caballo hizo una vez más su oficio. El cuerpo sin vida del viejo fué trasladado al cementerio a las últimas luces de la tarde. ¿En qué sitio, en qué rincón de la ciudad, oscuro y frío, el corazón de una pobre anciana que un día fuera como una flor, gime esta noche en la soledad y en el silencio?

RUBÉN COTO

San José, agosto de 1926.

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mútuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt, París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América.

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

La clase media en Francia y en nuestra América

El Mariscal Joffre - La defensa del franco

Por J. EDWARDS BELLO

Lo que da a las naciones de Europa mayor robustez y seriedad es la existencia de una clase media. Esta clase social obra como un lastre que mantiene en perfecto equilibrio el navío aun en mares procelosos. Las ideas extremas se encuentran muy raras veces en la clase media.

En las últimas elecciones para diputados en París triunfaron los comunistas contra los nacionalistas o fascistas, exaltados por la prensa ultramontana. Este triunfo, que desconcertó a algunos extranjeros, no tuvo en realidad gran importancia, y se debe, más bien que a un progreso comunista, a un miedo latente al fascismo. Francia se ha quedado en su término medio, en su calma de clase media. Aquí, donde existen miles de propietarios, es decir centenares de miles de pequeños ricos, no hay miedo al comunismo.

La clase media es temerosa de las exageraciones, y, entre ambas políticas de los extremos, como son el comunismo y el fascismo, prefiere al primero, que considera menos peligroso.

Esta clase es fruto, principalmente, de educación de generaciones vaciadas en ciertos moldes morales, pues, aun para llegar a ser pequeño propietario, se necesita cierta educación. Esta clase es la que ha producido al mismo tiempo la *politesse* o buenas maneras que hacen más dulce la vida hasta en sus mínimas manifestaciones.

En nuestras Repúblicas falta en absoluto la clase media. Esto lo hemos venido repitiendo desde hace muchos años. Atribuimos todos los movimientos sociales iberoamericanos a esa ausencia grave. La vida en nuestros países condena al hombre a los extremos. Existen grandes señores o miserables, pero no un término medio. De ahí que vivamos en sabor de aspereza y violencia.

No hay clase puente; no hay válvulas ni resortes. ¡He aquí lo que venimos diciendo!

Pugna por asomar una clase media, pero no puede. Desde la forma como están construidas nuestras capitales se ven las diferenciaciones considerables o estado de castas. Cualquiera que haya vivido en nuestra América con sueldo regular conocerá lo difícil que es conseguir casa dotada de comodidades medianas. Allá se salta del palacio al rancho, del restorán principesco al figón grasoso. La vida no tiene esa multiplicidad de matices que encontramos en Europa. Hasta el miserable, en cuanto siente un pequeño empuje, tiende a convertirse en magnate o toma gestos y actitudes de gran señor. No hay quien confiese su estado mediano: o son señores o son miserables: bolcheviques o reaccionarios. Ni las tiendas venden artículos para clase media.

La América del Sur o ibérica es lo que

más se parece en el mundo a la Rusia anterior a Lenine. Las mismas escenas, los privilegiados y los descontentos, por ausencia de clase media. Esta semblanza con Rusia es notable en las costumbres, en el campo, en la sociedad, en el arte popular, en la aspereza social. Sin embargo, ningún país de la Europa occidental tiene esas características. Inglaterra, durante la última huelga general, reveló un espíritu cívico incomparable, por la ausencia desconcertante de violencias y la forma noble como lucharon las fuerzas en pugna. Durante la plenitud del conflicto, tuvo lugar un match de football entre policiales y huelguistas. En el primer momento no hubo un solo voluntario para amparar al Gobierno, pero, cuando se creyó que la lucha podría tomar un carácter antinacionalista, se presentaron sesenta mil voluntarios en dos días, y poco después quinientos mil.

La mayor fuerza reguladora o apaciguante proviene de la clase media. Los países donde no existe están sujetos a zozobras infinitas; las menores de estas zozobras, y en épocas de aparente tranquilidad social, son los krachs financieros producidos por la insensata pretensión de vivir en pie de plutocracia. Nadie se atreve a declararse modesto o mediano. En estas condiciones queda aplastada en germen la acción reguladora y subsisten exclusivamente los extremos que por ser parecidos espiritualmente, con medios diversos, se repelen.

En Francia ocurre lo mismo con la gente *snob*, la gente mezclada con extranjeros del barrio de l'Etoile y la gente maleante de los arrabales. Son iguales. Pero ahí está la burguesía, la clase media francesa. Un *snob* de París, de frac, tiene casi la misma mentalidad que un *voyou* de blusa y gorra, pero la acción de ambos es nula, está enteramente dominada por la mayoría social consistente en la clase media. Francia es la nación característica del buen sentido, por el predominio absoluto de la clase media. Durante la guerra salió de esta clase el sub-oficial que llevó a los soldados a la victoria. Joffre es genuinamente burgués.

El gran escritor Delteil, en su obra poética, titulada *Les poilus*, describe así a papá Joffre:

«Joffre es el burgués de los generales. Condé es el *gravoche*; Turenne el profesor; Napoleón, el artista. Del burgués Joffre tiene el buen sentido, una cierta bonhomía innata, el gusto de la economía, el equilibrio. Ninguna aristocracia en su máscara o en su obra, ninguna elegancia de cuerpo ni de corazón. Ninguna farsa. Tiene además, Joffre el vientre y las zapatillas del burgués. A ese buen gordo le gustan los caloríferos, los muebles de Dufayel.

«Los alemanes tragan la tierra a marchas forzadas. El habla, plácido, con el pulgar metido en el bolsillo del chaleco. Reflexiona mucho tiempo y luego se levanta un poco solemne y dice: *Messieurs*, nos batiremos en la Marne. Este *messieurs* es la palabra correcta de la clase media. Cambronne hubiera dicho otra cosa».

Joffre aceptó el plan del general Gallieni porque no es un vanidoso. En las puertas mismas de París, von Kluck, que venía de frente como un búfalo, decidió doblar hacia Calais para barrer primero el camino a los ingleses. Entonces todos los cochecitos de París, esos mismos que estaban acostumbrados a llevar enamorados al Bosque de Bolonia, cayeron en el flanco del ejército alemán con toda la guarnición. Eso se llama la batalla de la Marne, la clase media francesa contra el Imperio Alemán.

Von Kluck no pensó en ese ejército improvisado que le fué a morder los riñones.

En la lucha por la defensa del franco, el espíritu se ha manifestado en todo su vigor, con toda su gracia de lógica y equilibrio. A pesar de las cargas gigantescas que pesan sobre el país, ningún gobierno ha pensado seriamente en hacer nuevas emisiones de papel moneda, que el buen sentido consideraría como verdaderas falsificaciones de billetes. Es absurdo creer que imprimiendo papeles se pueda aumentar la riqueza nacional. ¡He aquí lo que nos dice el buen sentido!

La clase media está en *El Quijote* de la vida española, y se llama Sancho. Es la vida con panza y zapatillas que vence a las ilusiones y a los excesos de los extremos sociales.

Anatole France fué, a pesar de todo, un genuino representante de la clase media francesa; por eso le repugnó esa *vida de perro*, como califica textualmente la vida de Napoleón I. A él le gustaba detenerse, saborear las cosas pequeñas de la vida, y no pasar como un chiflón, con una cara cejijunta, de ogro.

Respecto a Chile es preciso decir que vivimos de extremos, de exageraciones. Y los extremos se tocan. Repetimos que existe casi la misma psicología en los hombres que se embriagan en un palacio y otros que se embriagan en un chamizo. Pero son enemigos mortales. No hay un Sancho que los llame a la razón.

Mucha gente cree que el pueblo español se parece al pueblo ruso. Esto es un absurdo. Todo campesino del mundo a la hora del Angelus es parecido, pero ni el pueblo español, ni el italiano, ni el inglés, o el belga, o el suizo, se parecen al ruso, porque tienen ideas profundas de moral ingénita, tienen fuerzas espirituales sedimentadas, depositadas en el fondo de sus seres y que actúan como lastre.

En cambio, en América, cualquier nuevo orador barato nos produce un trastorno. El pueblo nunca sabe a qué atenerse. Nos falta la clase media, el puente, el *mezzo cetto*, como decíamos en *La Cuna de Esmeraldo*, el libro de la neurastenia transitoria.

Cuanda existan en nuestras ciudades ca-

sitas baratas con agua caliente y fría, con jardinillos sedantes, entonces podremos vivir con tranquilidad. Pero ahora el agua caliente, que en París tiene cualquier hotelucho, es un lujo.

Así se producen los absurdos. Acaban de llegar a París dos obreros chilenos a estudiar la cuestión social. No hay nada más doloroso que esta aparición absurda.

¡Qué guirigay de ideas, qué desorden de conceptos ha producido esta nueva ingenuidad! Es uno de los síntomas de desorientación que padecemos fatalmente.

La cuestión social ha de definirse en una gama de colores, cada zona el suyo. En nuestra América empecemos, antes de subir la cuesta, por conocer nuestros propios colores.

J. E. B.

Paris, 1926.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 10 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

La suscripción anual, aislada y directa:

\$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. ADR. del REPERTORIO AMERICANO

Ap. Letra X

San José de Costa Rica, C. A.

Palique

HE leído esto: que las consecuencias del espantable terremoto sufrido por el Japón hace dos años están ya reparadas. Nada lo recuerda en las cosas, y acaso el viajero sentimental se pregunta si alguien lo recuerda entre los hombres.

Es, nuevamente y con intensidad mayor, la lección de San Francisco de California. También allí la ciudad renació en breve de sus cenizas, la cabeza orgullosa y las dos alas desplegadas alegremente hacia el futuro.

En el siglo XVIII, el terremoto de Lisboa pudo arruinar el optimismo de Cándido... Sí, pero Cándido era un poltrón.

**

El estado moral que en San Francisco subsiguó a la catástrofe se encuentra muy bien analizado en un ensayo de William James, que, bajo el rótulo *On some mental effects of the earthquake*, se incluyó, después de su muerte, en una colección general de escritos póstumos. Libro este que encierra cosas muy interesantes; ciertas breves semblanzas, por ejemplo, de personalidades famosas—Agassiz, Emerson, Davidson, Spencer, etc.;—y el análisis citado, donde el psicólogo lúcido que siempre fué James, presta auxilio a las tácticas moralejas del filósofo preguntista.

Es el James psicólogo quien encontró entonces la fórmula para caracterizar la reacción producida en el ambiente público, como resultado, tal vez imprevisto—resultado inmediato,—del golpe tremendo: *Un singular período de actividad tranquila*.

¡Hermoso espectáculo, y de admirar! Todos allí, al día siguiente de la conmoción trágica, sintieron el deber de que la nobleza serenísima de la humana voluntad se mostrara en elocuente contraste con la locura de la naturaleza.

La fuente de este sentimiento era muy alta. Tenía un nombre: la conciencia de una responsabilidad.

**

No hay mejor tónico. A un abúlico, perdido de neurastenia, mediante un recurso, puede hacerse recobrar alguna energía. Mediante el recurso de confiarle la custodia de aquel que se encuentre peor que él.

Me acuerdo de haber visitado una vez, en Imola, cerca de Bolonia, una institución para jóvenes anormales y delincuentes precoces, dependiente del manicomio que dirigía el psiquiatra Ferrari y regida por una personalidad genial, la signorina Francia, quien se revelaba, en el desempeño de su generosa misión, digna del epíteto homérico sobre Ulises, es decir, digna de ser llamada «fértil en astucias». Una de las santas astucias de la signorina Francia consistía en lo siguiente: para mejorar un poco la conducta—y con la conducta, el estado—de un idiota, le confiaba al cuidado de un epiléptico.

¿Y no hemos experimentado todos que si en coyuntura de una serie de problemas profusos y perentorios—sea en la ejecución de un viaje—nos acompaña alguien más experto y desembarazado que nosotros, aumentan nuestro aturdimiento, nuestra incapacidad; mientras que si, al contrario, el compañero es menos apto y eficaz todavía, nosotros—¡qué diablo!—nos crecemos un poco?

«Nadie es tan loco—dice un proverbio oriental—que pegue fuego al árbol de que se ha ahorcado». Hasta el que se mata, y para matarse, gusta de ser sostenido por algo sólido.

Y todo deber de responsabilidad se cifra en esto: en poner uno la solidez que ha faltado a las personas o a las cosas que le rodean.

Pero, de todo, lo más estéril, la insensibilidad—me parece que si en el Japón reparan tan de prisa el efecto de los terremotos, es porque es realidad—; y diga lo que diga el estoicismo amarillo, se conmueven profundamente ante los terremotos.

La «actividad tranquila» de James es precisamente hija de una reacción violenta... Para tranquilo, el pobre Cándido.

EUGENIO D'ORS

(Nuevo Mundo, Madrid).

El Cantar de los Cantares, en el precioso arreglo dramático de Juan de Bonnefón

En las ediciones del CONVIVIO.

Precio del ejemplar: ₡ 1.00

Solicitenoslo ahora mismo.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475 Buenos Aires

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

DOCTOR OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY Administradores:

ALBERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El *segundo tomo* de lecturas para niños que con este título ha venido recogiendo en este semanario el Sr. García Monge, ya está encuadernado y listo.

Véase una de las lecturas que aparecen en el tomo:

Contra pereza diligencia

(A mi hijo Vital)

¿Conque tú también, gorgojo, quieres que papá te cuente un cuento? ¿No te basta ya con oírme cantar?

Al niño que es bueno
y da su lección,
la mamá lo lleva
a la Exposición;
y al niño que es malo
y desaplicado,
taíta Dios lo vuelve
tuerto y jorobado?

No te aflijas, filigranita de oro, que para ti tengo todo un almacén de cuentos. Allá va uno, y que te aproveche como si fuera leche.

* * *

Esta era una viejecita que se llamaba doña Quirina, y que cuando yo era niño, en los tiempos de Gamarra y Santa Cruz, vivía pared por medio de mi casa. Habitaba la dicha un cuartito que, por lo limpio, parecía una tacita de porcelana. Allí no había perro ni michimorrongo que cometieran inconveniencias para la vista y el olfato.

Sobre una cómoda de cedro charolado y bajo urna de cristal, veíase el pesebre de Belén con su San José, el de las azucenas, la Virgen y el Niño, el buey, la estrella y demás accesorios, artístico trabajo de afamado escultor quiteño.

¡Cosa mona el Misterio! Alumbrábalo noche y día una mariposilla de aceite, colocada en medio de dos vasos con flores, que doña Quirina cuidaba de renovar un día sí y otro también.

Pero lo que sobre todo atraía mis miradas infantiles, era una tosca herradura de fierro tachonada con lentejuelas de oro, que en el fondo de la urna se destacaba como sirviendo de nimbo a un angelito mofetudo.

Doña Quirina era supersticiosa. No creía, ciertamente, que llevar consigo un pedacito de cuerda de ahorcado trae felicidad; pero tenía por artículo de fe que en casa donde se conserva con veneración una herradura mular o caballar no penetra la peste, ni falta pan, ni se aposenta la desventura.

¿En qué fundaba la viejecita las virtudes que atribuía a la herradura? Yo te lo voy a contar, Vital mío, tal cómo doña Quirina me lo contó.

* * *

Pues has de saber, hijito, que cuando Nuestro Señor Jesucristo vivía en este mundo pecador desfa-

ciendo entuertos; redimiendo Magdalenas, que es buen redimir; desenmascarando a pícaros e hipócritas, que no es poco trajín; haciendo cada milagro como una torre Eiffel, y anda, anda y anda en compañía de San Pedro, tropezó en su camino con una herradura mohosa, y volviéndose al apóstol, que marchaba detrás de su divino Maestro, le dijo:

—Perico, recoge eso y échalo en el morral.

San Pedro se hizo el sueco, murmurando para su túnica:—¡Pues hombre, vaya una ocurrencia! Facilito es que yo me agache por un pedazo de fierro viejo.

El Señor, que leía en el pensamiento de los humanos como en libro abierto, leyó esto en el espíritu de su apóstol, y en vez de reiterarle la orden, echándola de jefe, y decirle al muy zamacuco y plebeyote pescador de anchovetas que, por agacharse, no se le había de caer ninguna venera, prefirió inclinarse él mismo, recoger la herradura y guardarla entre la manga.

En esto llegaron los dos viajeros a una aldea, y al pasar por la tienda de un albéitar o herrador dijo Cristo:

—Hermano, ¿quieres comprarme esta herradura?

El albéitar la miró y remiró, la golpeó con la uña, y convencido de que a poco majar en el yunque la pieza quedaría como nueva, contestó:

—Doy por ella dos centavos. ¿Acomoda o no acomoda?

—Venga el cobre—repuso lacónicamente el Señor:

Pagó el albéitar, y los peregrinos prosiguieron su marcha.

Al extremo de la aldea salió al encuentro un chiquillo con un cesto en la mano y que pregonaba:

—¡Cerezas! ¡A centavo la docena!

—Dame dos docenas—dijo Cristo.

Y los dos centavos producto de la herradura pasaron a manos del muchacho, y las veinticuatro cerezas, con más una de *yapa*, se las guardó el Señor entre la manga.

Hacia a la sazón un calor de infierno, que izd que es tierra caliente y de achicharrar un témpano, y San Pedro, que caminaba siempre tras el Maestro, iba echando los bofes, y habría dado el oro y el moro por una poca de agua.

El Señor, de rato en rato, metía la mano en la manga y llevaba a la boca una cereza; y como quien no quiere la cosa, aldescuido y con cuidado dejaba caer otra, que San Pedro, sin hacerse el remolón, se agachaba a recoger, engulléndosela en el acto.

Después de aprovechadas por el apóstol hasta media docena de cerezas, sonrióse el Señor y le dijo:

—Ya lo ves, Pedro: por no haberte agachado una vez, has tenido que hacerlo seis. Contra pereza diligencia.

Y cata el por qué desde entonces una herradura en la casa trae felicidad y...

Chito, chito, chito,
que aquí el cuento finiquito.

RICARDO PALMA

(Tradiciones Peruanas).

Precio del ejemplar (160 pgs): **₡ 1.25**. Si se toman **12** eje. o más, sale el tomo a **₡1.00**.